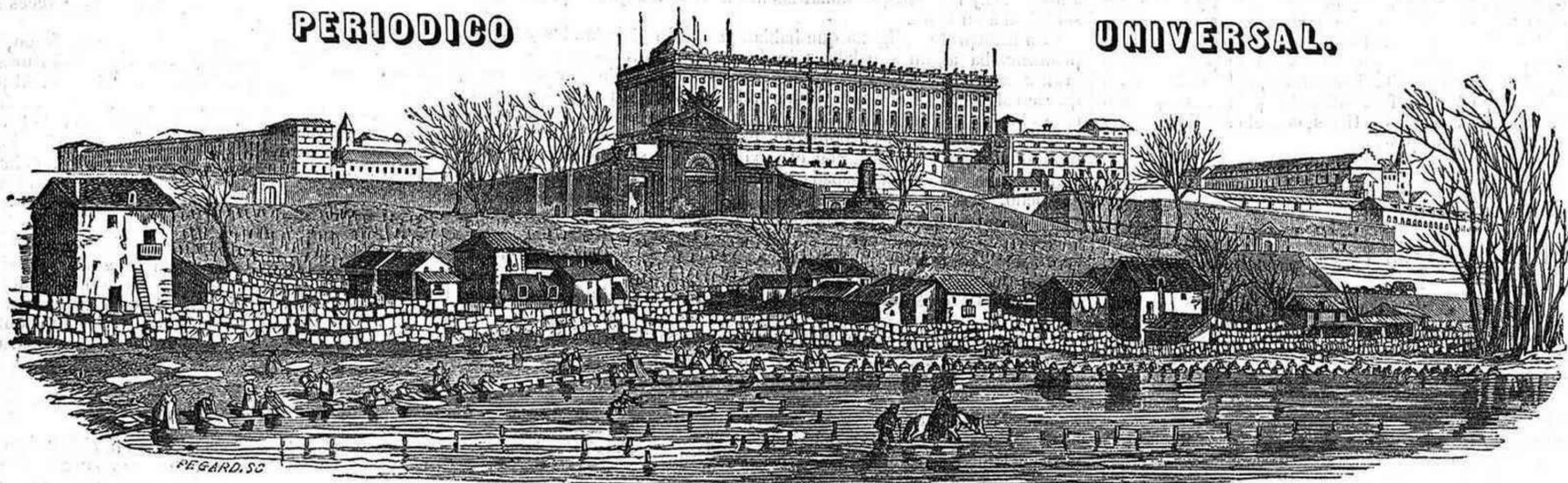


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 50.—SÁBADO 11 DE DICIEMBRE DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## EXPOSICION DE PINTURAS EN 1852.

Poco, ó casi nada, podremos decir este año de las pinturas espuestas al público en la galería alta del que fué convento de la Trinidad, hoy Museo Nacional y ministerio de Fomento. Pálida en extremo y muy fría se ha presentado, si se compara con el número de los cuadros de composición, género y paisaje que en los cuatro años anteriores hubo en los salones de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.

No comprendemos ciertamente la razón por qué de una estación risueña y de un temperamento apacible y sereno, cual es la hermosa otoñada en Madrid, se ha trasladado la exposición de bellas artes á una estación cruda; estación en la cual se encuentra caminando el sol por el hemisferio del norte, tocando al trópico mas frío, y por consiguiente que se reservan las gentes, huyendo, como es natural, del peligro inminente de una pulmonía.

Ya que este año se privó á Madrid y á los forasteros que concurren por el tiempo de ferias de ver los adelantos del genio que ofrece la pintura en España, mejor y mas fácil hubiera sido, en nuestra opinion, trasladar la exposición al mes de mayo, mes reputado por el de las flores, y en el que hasta el mas valetudinario sale á la calle, examina, ve y disfruta, mientras que en diciembre, por el rigor del invierno, no abandonan muchos la chimenea por la vista de la mejor Venus de Médicis.

Cualquiera que haya sido el motivo para tal variación, nosotros no podemos menos de considerarla poco acertada para los jóvenes artistas que les lisonjaba lucir sus obras, creemos pues que la estación mas propia para las exposiciones de artes debiera fijarse en el mes de setiembre, segun la costumbre antigua, primero por la animación que en este tiempo ofrece la corte, segundo porque al abrirse las cátedras sirve esto precisamente de estímulo á los jóvenes que se dedican á las nobles artes; para su aplicación ulterior.

Pero en el caso único de que por circunstancias justificadas no pudiera tener efecto, seria mas conveniente, como dejamos anunciado, trasladar la exposición al mes de las rosas, al hermoso mes de mayo.

Por otra parte, la galería alta del convento de la Trinidad, donde se han espuesto los cuadros este año, ni es la mas á propósito por su luz, ni tampoco juzgamos muy oportuno esponer cuadros nuevos donde los hay antiguos muy notables que distraen la vista del observador: hubiera sido acertado en su caso cubrirlos con holandilla de un color adecuado al efecto.

Las bellas artes conducen indudablemente al buen gusto; dan una idea de adelanto y de ilustración de los pueblos, y contribuyen mucho al desarrollo de la industria y de la riqueza pública.—En confirmación de esta verdad, bien manifesto tenemos el gran comercio que está haciendo en el día la Francia, nuestra vecina, con los objetos de bellas artes.—Todo está invadido con sus grabados, estampas iluminadas, figuritas de bronce, de zinc, de china, pinturas al pastel y dibujos caprichosos de paisajes; de modo que esto prueba sobradamente el impulso dado á este ramo de puro lujo, tan exigente en la sociedad moderna, y el cual hace entrar en aquel país muchos millares de francos.

Omitimos otras consideraciones porque las creemos al alcance de un sano criterio, y esperamos que se utilizarán los conocimientos de nuestros artistas en general, para que reporten á su país con usura lo que pudiera dispensárseles con una prudente protección.

Nos hemos desviado de nuestro principal objeto es verdad; pero séanos permitido enaltecer las bellas artes en la patria de los Velazquez, los Murillos, Juan de Juanes y el españolito Ribera.

El juicio que hemos formado de la exposición este año, puede muy bien considerarse la presentación de las obras de los brillantes jóve-

nes que han estado pensionados en Roma estudiando los grandes monumentos artísticos del mundo.

Por esta razón seremos lacónicos y llamaremos solo la atención sobre los cuadros mas notables; pasando en silencio otros que, si bien con algun mérito relativo, porque á todos debe alentarse, no nos parece, sin embargo, que debemos ocupar el tiempo fatigando la curiosidad de nuestros suscritores.

### PENSIONADOS EN ROMA.

Los jóvenes pensionados por el gobierno de S. M., los señores Madrazo (D. Luis) y Montañés, han presentado: el primero un cuadro con figuras de tamaño natural que representa el entierro de Santa Cecilia; y el segundo *La sombra del profeta Samuel anunciando al rey Saul su muerte*.

Vemos con mucho plicer que estos dos jóvenes han correspondido, diremos mas, han sobrepasado á lo mucho que prometían. La composición de *el Saul* es atrevida y de una ejecución notable, tanto en los ropajes como en las cabezas y extremos. La composición del *Santa Cecilia* es simpática y de muy buen carácter todas las figuras: está pintado con dulzura y muy bien dibujado.

Los pensionados por la escultura, señores Panuchi y Rodríguez, han espuesto dos bajos relieves que nos muestran lo mucho que han aprovechado en su estancia en Roma.

Lo propio decimos respecto de los pensionados por la arquitectura, señores Gándara é Inza, los cuales nos han presentado bellísimos dibujos de edificios monumentales de la

antigüedad, que revelan gusto en la elección y desempeño poco comun.

### PENSIONADOS EN MADRID PROCEDENTES DEL ESTRANJERO.

El señor E. Sorokin, artista pensionado por S. M. el emperador de Rusia, ha presentado un cuadro que representa *Una niña recibiendo limosna*. Mirado artísticamente le juzgamos muy bien dibujado, de mucha espresion y de un efecto de color que se aproxima mucho á la verdad.

El pensionado tambien ruso, señor Goschi, ha espuesto otro cuadro representando *El santo Viático en el acto de administrarlo á una joven próxima á exhalar el último suspiro*. Este asunto se halla tratado con mucha naturalidad y sencillez.

El señor Lopez (D. Bernardo) ha espuesto el retrato de la nodriza de S. A. la Serenísima Princesa de Asturias, y el del señor Arana. Son retratos, como todos los de este apreciable artista, muy notables en su estilo.

El señor Lopez (D. Luis) ha espuesto tambien el retrato de S. M. el Rey, vestido con el manto de la insigne orden del Toison de Oro. Hemos encontrado acertada la idea de escoger un traje tan rico, puesto que ofrece tratarlo con la magnificencia que es debida á la alta persona que representa este notable retrato.

Tambien ha presentado un cuadro de grandes dimensiones que representa *La caída de Luzbel*. Vemos en este cuadro, mas que en otras obras del autor, el desparpajo y toque libre que ha creído requeria el asunto; mucho mas si es para colocarlo á cierta altura, en cuyo caso, la variedad de tintas creemos que funda la distancia.

El señor Ferrant (D. Luis) nos ha presentado varios retratos ejecutados con mucha facilidad, y algunos de ellos mas brillantes de color que los que espuso este laborioso artista en los años anteriores.

El señor Ugalde tambien ha espuesto una *Venus* de buen colorido, pero comprendemos que este apreciable artista puede hacer mucho mas. El retrato del señor Fariñas, y otros ejecutados por el mismo, tienen un parecido que no se duda de las personas.

Los cuadros de vistas monumentales de España presentados este año por D. Genaro Perez Villamil, como están ya juzgados la mayor parte de ellos, puesto que se han presentado en otras exposiciones, solo diremos que el público los ha vuelto á ver con mucho placer.

El señor Gallego ha espuesto cuatro marinas con las vistas de los puertos de Alicante, Almería, Cartagena y Santander, si mal no recordamos. Están ejecutados con mucho acierto: han llamado la atención de los inteligentes; y nosotros no podemos menos de aplaudir la senda de verdad que sigue este jóven, que tanto promete ya en este género de pintura.

El señor Martínez tambien nos ha presentado, como en las exposiciones anteriores, un cuadro de costumbres que está tratado con mucha gracia, y muy bien sentidos los tipos que ha querido representar.

Sensible nos es tener que dar punto en una exposición que quisieramos haberla visto numerosa en alto grado, y á la cual debieran contribuir los principales artistas con sus obras por honor del país. Hemos hecho mencion únicamente de aquello que hemos juzgado mas notable, y creemos no haber lastimado en ello al arte. Otro año que ofrezca mas campo nos esplanaremos, segun tenemos de costumbre.

### OPPOSITORES Á LA PENSION DE ROMA POR LA PINTURA.

Tambien hemos visto espuestos en la Real Academia de San Fernando los tres cuadros que han ejecutado para disputar el premio los señores Lozano, German Hernandez y García. El asunto tomado en la oposición es de la historia romana: *La madre de los Gracos presentando á sus hijos como sus mejores joyas*. En los tres



cuadros, y en cada uno de por sí en particular, encontramos buenas calidades. En el del señor Lozano descubrimos que este joven maneja muy bien el colorido: el del señor Hernández es composición muy sentida y bien dibujada; y el del señor García, si bien en estilo menos concluido, revela originalidad en el modo de hacer. Todos tres, por nuestro voto particular, son acreedores á que se les envíe pensionados; pero si no pudiera ser por falta de recursos, debiera hacer un esfuerzo el gobierno porque fueran los dos primeros, que sin duda alguna llegarán á ser dos artistas, con el estudio y el trabajo, que den lustre á su patria.

J. L.

## RELACION DE UN VIAJE AL JAPON.

El 4.º de abril de 1843, el americano Cooper llegó con su buque ballenero *El Manhattan* á las aguas de San Pedro, isla pequeña situada á pocos grados al S. E. de Nippon. La isla es en general estéril, y daba indicios de estar inhabitada; pero como el buque estaba muy cerca de la costa, se decidió visitarla con el objeto de proporcionar á la tripulación algunas tortugas frescas, cuya necesidad se hacia sentir vivamente. Después de correr algunas bordeadas, se distinguió una pinaza grande y de construcción bizarra, muy semejante á las que se encuentran en los mares de la China. El capitán bajó á tierra con algunos hombres, se internó con ellos en la isla, y llegaron á un valle. Al corto rato distinguieron á poca distancia un grupo de hombres toscamente vestidos. Al ver estos á los marineros parecieron alarmarse y se precipitaron hacia la parte mas retirada del valle. El capitán continuó su marcha, y llegó á una cabaña donde habia once hombres, los cuales supo después que eran japoneses. Al ver á los americanos, se prosternaron con la cara en el suelo, y permanecieron así mucho tiempo. Estaban poseidos del mayor terror, y todos sus gestos indicaban que se creían amenazados por la muerte. Pero el capitán Cooper los animó, y por medio de señas averiguó que habian naufragado en la costa de San Pedro pocos meses antes. Entonces los condujo á la costa, les mostró su navío, y les dijo que si querian confiar en él, los llevaría á Jeddo. Admitieron la proposición con el mayor gusto, y abandonando todo lo que tenían en la isla, se embarcaron inmediatamente.

El capitán Cooper resolvió darse á la vela para Jeddo, capital del imperio del Japon, á pesar de las leyes bien conocidas que prohibian su acceso á todo buque extranjero. Se proponía dos objetos á cual mas laudables: el primero, volver los pobres naufragos á su patria, y el segundo producir una impresión fuerte al par que favorable en el gobierno japonés, haciéndole conocer la civilización de los Estados-Unidos, y sus disposiciones amistosas con respecto al emperador y al pueblo del Japon. Después se verá de qué manera consiguió el segundo objeto.

El capitán Cooper hizo levar anclas y dejó á San Pedro. A los dos dias de navegación, vió á cierta distancia en la mar un objeto informe, que era un buque japonés desarbolado y próximo á irse á pique; procedía de un puerto que estaba al N. de Nippon y se dirigía á Jeddo con un cargamento de salmon salado. Hacia algunas semanas que se hallaba en aquel estado deplorable, y flotaba á merced del viento. Como el día siguiente á este encuentro hubo una tempestad furiosa, el capitán pensó que si no hubiera llegado á tiempo, el pobre junco no hubiera dejado de irse á pique. Once hombres, japoneses todos, fueron recogidos en aquella embarcación, y trasladados al *Manhattan*; después se continuó el rumbo hacia la costa de Nippon. Entre los objetos recogidos á bordo del buque naufragado, se hallaban varios libros y una carta marítima de las islas principales que componen el imperio del Japon. Mas abajo hablaremos de esta carta marítima, que es quizás la muestra mas curiosa que se haya hallado hasta ahora del estado del arte geográfico en los países del extremo del Oriente.

Al buscar la tierra, el capitán Cooper se halló muy al N. de Jeddo. Se aproximó á la costa é hizo echar al agua la lancha, en la que se embarcó acompañado de dos de los japoneses que tenia á bordo. Vió muchas personas ocupadas en pescar á corta distancia de la costa, y conoció que era una comarca habitada por pescadores. Las personas que vió parecían pertenecer todas á la clase infima, pero tenían una fisonomía inteligente y parecían ser felices. Demostraron satisfacción al verle y no le opusieron obstáculo alguno para su desembarque. Desde allí envió uno de sus pasajeros japoneses á ver al emperador, que se hallaba á la sazón en Jeddo, con el objeto de participarle su intención ó su deseo de entrar con su buque en el puerto de la capital. El motivo que alegaba era el de desembarcar los hombres que habia recogido en circunstancias tan críticas, y procurarse agua y víveres de que tenia absoluta necesidad la tripulación. En este intermedio cambió el viento, y el buque americano se alejó tanto de la costa, que necesitó mas de una semana para volver á ocupar la posición en que se hallaban antes. El capitán Cooper volvió por segunda vez á tierra, y envió otros dos mensajeros á la capital para esponer de nuevo su pretension y participar el impedimento que habia tenido. Después hizo rumbo hacia Jeddo, y gracias á un viento mas propicio, llegó á la entrada de la bahía en cuyo fondo está situada la ciudad imperial.

A la entrada de la embocadura fué abordado por una falua procedente del puerto y mandada por un personaje cuyo traje suntuoso indicaba ser un funcionario de alta categoría. Este le participó que los mensajeros que habia enviado habian llegado á la corte, y que el emperador le concedía la licencia que solicitaba para entrar en Jeddo con su buque. Sin embargo le mandó que anclara aquella noche detrás de un promontorio inmediato, prometiéndole que al día siguiente le remolcarían hasta el fondeadero, que distaba unos cien metros de la ciudad. Al día siguiente sucedió así efectivamente.

El buque fué visitado inmediatamente por muchos funcionarios de todas clases, desde el gobernador de Jeddo y los oficiales del estado mayor del emperador, cubiertos de ricos

tisús bordados de oro y pedrerías, hasta el último agente de policía vestido de andrajos. Todos parecían estar dominados por una curiosidad insaciable, y habia el mayor afán por ver á los extranjeros é inspeccionar las mil novedades que se presentaban á su vista.

Un intérprete indígena que habia aprendido el holandés y pronunciaba algunas palabras inglesas, pero cuyos gestos eran mucho mas inteligibles, informó al capitán Cooper de que le estaba prohibido á él y á los individuos de su tripulación el salir del buque, y que si alguno de ellos lo intentaba, recibiría la muerte en el momento. Esta comunicación amenazadora le fué espresada con el auxilio de un símbolo muy significativo: el de una espada desenvainada colocada sobre el cuello. El capitán se condujo con la mayor urbanidad respecto á las personas que le visitaron; ganó su confianza y les aseguró que no pensaba absolutamente en infringir la ley que se le imponía. Añadió que su único deseo era dar á conocer al emperador y á los altos dignatarios del Japon los sentimientos benévolos que animaban á los americanos hacia los japoneses.

Pronto llegó, para los marineros japoneses que habian sido recogidos en la isla desierta y en la embarcación desarbolada, el momento de separarse de su salvador. Trataron de espresarle con todas las demostraciones imaginables la viveza y sinceridad de su reconocimiento por las bondades que habia tenido con ellos. Le abrazaban, le besaban, y le prodigaban las caricias con los ojos preñados de lágrimas. Esta escena interesante y tierna, la descripción entusiasta que hacen los naufragos de toda la consideración y solicitud con que les habian tratado, y la conducta constantemente prudente y amistosa del capitán americano, produjeron la impresión mas favorable en el ánimo del gobernador de Jeddo. Así es que este funcionario trató á los extranjeros con la mas perfecta urbanidad durante su residencia.

Sin embargo no se permitió ni al capitán ni á los marineros que salieran ni un momento del navío. Hubo á bordo constantemente algunos oficiales encargados de evitar toda contravención á esta orden. Para mayor seguridad, y para impedir toda comunicación posible con la costa, fué rodeado y guardado el buque por una barrera triple de embarcaciones colocadas en círculo. Habia entre cada círculo de embarcaciones una distancia de unos cien piés, y la misma distancia separaba al buque americano del primer círculo. En toda esta primera línea estaban las embarcaciones amarradas unas á otras por la obra muerta, y con tal proximidad, que nadie podia pasar por entre ellos. Las popas estaban vueltas hacia el buque, y en cada una de ellas se habian fijado lanzas largas y otras armas de hierro, de las formas mas raras y variadas. Parecía una panoplia de la edad media. Estas armas estaban cubiertas con estuches barnizados; pero de tiempo en tiempo las descubrian sus dueños y las dejaban brillar bajo los rayos del sol, como queriendo recordar á los extranjeros que cualquiera que tratara de pasar, se veria espuesto á sus efectos mortíferos. Tenian tambien pabellones y gallardetes de diferentes formas y dibujos. En medio del círculo, entre la ciudad y el buque americano, estacionaba un junco grande, en el cual permanecian los oficiales que mandaban las guardias de que estaba rodeado el *Manhattan*. Los barcos que formaban el segundo círculo no eran tan numerosos, y los del tercero lo eran menos aun; pero todos reunidos presentaban á la vista una masa compacta. Habia cerca de mil, todos bien armados y tripulados. Aquel cuadro animado ofrecia un interés muy vivo para los americanos, que la mayor parte de ellos no habia oido hablar nunca de las costumbres raras de aquel pueblo separado del mundo y casi desconocido. Era un espectáculo sorprendente y magnífico durante el día el que presentaban todos aquellos barcos simétricamente alineados, decorados con graciosas banderolas y brillando con las infinitas puntas de las lanzas que defendian sus popas; pero mas admirable era aun por la noche cuando se iluminaba la flotilla con un número infinito de linternas de todas formas y colores, y de la mayor transparencia. Todos los americanos estaban estasiados, y creían hallarse en alguno de los países descritos en las *Mil y una noches*.

El rigor de la vigilancia á que estaba sometido el *Manhattan* fué puesto á prueba por una casualidad. Deseando el capitán hacer componer uno de los botes, le mandó sacar sobre cubierta y botarle al agua para suspenderle á uno de los costados del buque. Al ver esto, todos los japoneses que estaban á bordo desenvainaron las espadas. El oficial que estaba de guardia pareció alarmarse mucho al ver el bote próximo á echarse al agua, y habló con bondad, pero algo acalorado, contra esta infracción aparente á la prohibición impuesta por el emperador, y aseguró al capitán Cooper que si no mandaba á sus marineros que suspendieran la operación, los matarían, y él tambien peligraría. El capitán le aseguró que no habia tenido intención absolutamente de ir á tierra, y le explicó el objeto de la operación que tanto les habia alarmado. Cuando el oficial japonés le hubo comprendido, manifestó la mayor alegría; mandó á la tripulación que dejara el bote, é hizo trabajar en él á varios carpinteros indígenas que le compusieron sin echarle al agua.

El *Manhattan* permaneció cuatro dias fondeado delante de Jeddo. En este tiempo le suministraron al capitán, por orden del emperador, madera, agua, arroz, legumbres de varias clases, y algunas piezas de porcelana que le hacian falta. Por ninguno de estos objetos quisieron admitir remuneración alguna; pero le intimaron muy explicitamente la orden de no volver nunca al Japon, para no incurrir en el desagrado del emperador. En estos cuatro dias tuvo varias conversaciones con el gobernador de Jeddo y otras personas de distinción por medio del intérprete. En una de ellas le dijo el gobernador, que la razon de haberle permitido que se detuviera en las aguas del Japon, era el convencimiento que tenia el emperador de que no podia ser un *pícaro extranjero*, puesto que se habia desviado de su derrotero para devolver á su patria unos pobres hombres que le eran totalmente desconocidos. Añadió que creyéndole el emperador digno de sus bondades, habia recomendado á los oficiales que le trataran con una deferencia y urbanidad excesivas, y que proveyeran á todas sus necesidades.

La víspera de la partida del capitán Cooper, le envió el emperador un escrito de su propio puño, como el testimonio mas notable de su afecto y estimación. Se dice generalmente

que los grandes hombres tienen mala letra, y el autógrafo imperial era una prueba irrecusable de este aserto. Tal era el aspecto de aquellos caracteres largos é irregulares, que cualquiera hubiera creído que media docena de gallinas, recién salidas de algun lodazal, se habian posado varias veces sobre aquel pedazo tosco de papel.

Entre los libros cogidos á bordo del buque naufrago, habia uno pequeño, lleno de figuras muy raras y de pinturas que representaban lanzas y hachas de formas estrañas. Al pié de cada una de aquellas láminas habia caracteres destinados sin duda á explicar lo que significaban. La ejecución de las figuras y de los caracteres era de una pureza y perfección estraordinarias. Parecía que habian sido grabadas en cobre, como las láminas de las obras de física y astronomía en Europa. Aquel libro llamó la atención del capitán Cooper y escitó su curiosidad á tal extremo, que habiendo notado figuras iguales á las del libro bordadas en oro sobre las túnicas de los altos funcionarios japoneses, se aventuró á preguntar su significado. Le contestaron que era una especie de blason ilustrado del imperio, una colección de los emblemas representativos de las diferentes clases de funcionarios y nobles existentes en el país. Aquel libro era muy curioso bajo dos aspectos: el primero como muestra del arte tipográfico en el Japon, y el segundo como descripción de las numerosas clases de la aristocracia de aquel país, así como de las insignias que las distinguen.

Las figuras están siempre bordadas en el hombro de la túnica del oficial, y el arma que pertenece á su grado corresponde al emblema señalado en el libro. Los oficiales de cada grado mandan un cierto número de hombres, cuyas armas son de una forma particular y determinada. Ningun oficial de otro grado cualquiera, que sea diferente, puede usar la misma arma, ni llevar el mismo emblema en la túnica.

En la conversación que hemos citado anteriormente y en que el gobernador recomendó al capitán Cooper que no volviera al Japon, le preguntó este lo que debería hacer si se volvía á hallar en las mismas circunstancias. El gobernador se quedó algo perplejo, se encogió de hombros y eludió la respuesta diciendo que no debía volver. El capitán Cooper le preguntó entonces si debía dejar ahogarse ó morir de hambre á los súbditos japoneses, estando en su mano el salvarlos de otro naufrago. El gobernador le contestó que el emperador prefería su muerte á recibir otra visita de extranjeros en sus dominios. «Nunca,» replicó el capitán, «dejaré yo á mis semejantes ahogarse, ó perecer por falta de alimento, á mi vista. Si se presenta de nuevo una ocasión como esta, los salvaré y los recogeré á bordo de mi buque; pero desearia yo saber lo que he de hacer con ellos entonces.» «Conducidos á cualquier puerto holandés, pero no volvais nunca al Japon.» Esto fué dicho por el gobernador con dulzura, pero al mismo tiempo con la firmeza y energía que convenian al órgano oficial de la voluntad del emperador.

El gobernador de Jeddo era un anciano de aspecto grave y dulce. Tenia los cabellos blancos; su fisonomía denotaba bondad é inteligencia, y sus ademanes eran dignos y decorosos sin afectación. Le interesaron mucho los datos que le dió el capitán Cooper sobre los habitantes y la civilización de América. Escusado es decir que este trató por todos los medios imaginables de dejar una impresión favorable del nombre y carácter de los americanos, particularmente bajo el punto de vista comercial, en el ánimo de todos los oficiales, cuya categoría les permitia tratar con cierta intimidad al emperador.

El día de la salida del *Manhattan* del Japon, el intérprete le entregó una carta abierta, sin firma, escrita en holandés por un calígrafo bastante hábil. En ella se encargaba á todos los holandeses que si encontraran al capitán Cooper en peligro de naufrago ó en cualquier otro apuro, que le socorrieran, y se espresaba que él habia socorrido tambien á súbditos japoneses que se hallaban próximos á perecer, y los habia llevado á su patria. Se declaraba además, para satisfacción de la Holanda y de la China, únicas naciones en el mundo con quienes el Japon tiene tratados de comercio y cuyos buques pueden entrar en sus puertos, que no se habia permitido á ninguna de las personas que iban á bordo del buque extranjero que comunicara con la costa, añadiendo que se habia vigilado estrictamente para que no tuvieran noticia ni datos de ninguno de los artículos del comercio indígena; pero que como el buque habia estado mucho tiempo en el mar y carecia de madera, víveres y agua, se lo habia proporcionado el gobierno.

El capitán Cooper estuvo en el Japon en el mes de abril, y describe el clima y el país como muy agradable. Todas las partes de la costa que pudo distinguir estaban cubiertas de una vegetación vigorosa. Todas las colinas, todos los valles parecían hallarse en un estado de cultura admirable. En los sitios en que el genio agrícola de los habitantes habia tenido que luchar con las desigualdades demasiado bruscas del terreno, habian formado terraplenes. En una estension de varias millas, el país presentaba el aspecto de un jardín estenso. Numerosas casas, blancas y limpias, cubrian todo el campo. Algunas estaban tan bien situadas en la pendiente de las colinas y rodeadas de un ramaje tan verde y tan frondoso, que los marineros encantados suspiraban deseando hallarse al abrigo de sus campestres techos. Todo parecia respirar paz y tranquilidad, y un encanto irresistible impedia separar la vista de aquellos sitios deliciosos.

El aspecto general del país denotaba un carácter dulce é industrial en sus habitantes. Los alrededores de la capital presentaban indicios de una cultura floreciente, y sucedía lo mismo en la region del Norte. La ciudad estaba cubierta de tal manera por los árboles, que desde el puente del buque no se veian bastante distintamente las casas para poder asegurar que estaba allí la capital del imperio, ó para determinar aproximativamente su estension. Todos los edificios eran blancos y de poca elevación. Ninguna torre ni templo interrumpia la línea de elevación.

El puerto de Jeddo presentaba una población marítima muy considerable, que parecia ser tan industrial como la población agrícola del interior. A cualquier punto del horizonte que se dirigiera la vista se veian embarcaciones ancladas ó á la vela, de todas clases y tamaños, desde el frágil esquife hasta el junco gigantesco. Jeddo parece ser el centro de un comercio de cabotaje inmenso. Toda aquella costa está

animada por la actividad y el bullicio propio de este tráfico. Según las observaciones del capitán Cooper, los japoneses son hombres de corta estatura, anchos de cuerpo y robustos. Su tipo no presenta el carácter mongol tan pronunciado como en los chinos. Su tez es de un color cetrino. Manifiestan generalmente inteligencia, urbanidad y buena educación. El traje de la clase ordinaria del pueblo se compone de pantalones anchos y de un casaquin holgado de algodón azul. Los dignatarios y las personas de alta jerarquía se visten de ricas telas de seda cubiertas de bordados de oro, y guarnecidas de cordones, de seda también, cuyo color varía según el grado. Algunos de estos personajes estaban vestidos con tal esplendor que escitaron la admiración de los americanos.

La lana no se usa en los trajes de los japoneses. Los tejidos de esta materia parecieron sorprenderles mucho; los examinaban con mucha atención y como cosa enteramente nueva para ellos, tanto que se llevaron á tierra como objetos de curiosidad algunos pedazos de tela de lana que se les dieron.

La carta marítima de que hablamos anteriormente es tal vez uno de los monumentos más curiosos que se puede ver de la civilización japonesa. Comprende la isla de Nippon, todas las islas que están al S. de Jeddo, y algunas de las que están al N. Tiene cuatro pies de larga y cuatro de ancha; cuando está doblada parece un libro de coro admirablemente encuadrado. Las proyecciones de las islas están trazadas en una escala excesivamente grande. Los accidentes más insignificantes de la costa y todos los puertos de comercio, grandes y pequeños, están marcados en ella con la exactitud más minuciosa. Están indicados cuidadosamente todos los puertos del comercio de cabotaje en el grupo entero desde Jeddo hasta Nangasaki. Pero la parte más interesante de este dibujo es la topografía del interior de las islas. Están divididas en distritos, y cada uno de estos tiene un color distinto.

Las aldeas más insignificantes están señaladas y se espesa su nombre. También están dibujados en ella, pero en tamaño menor, la residencia de los gobernadores en los distritos y los demás establecimientos públicos. Cada casa está indicada con forma y color diferente; al ver su semejanza y la igualdad del número en cada distrito, se infiere que la administración japonesa debe estar sistemáticamente regularizada. Los ríos con sus afluentes más insignificantes, están trazados en todo su curso, particularmente hasta su nacimiento. Su número y extensión son sorprendentes; no hay terreno que pueda ofrecer mayor abundancia de aguas que la isla de Nippon. Todo el interior de esta presenta el aspecto de una comarca surcada por una infinidad de canales. Pero estos canales aparentes son ríos cuyo curso se puede seguir desde su nacimiento hasta su confluencia con otros ríos ó su desembocadura en el mar.

Los caminos públicos son excesivamente numerosos. Cruzan el país en todos sentidos, indicando una actividad extraordinaria en las comunicaciones de las diferentes partes del imperio entre sí. En varios puntos están bosquejadas por colores oscuros montañas elevadas, las cuales están reunidas generalmente en cordilleras pequeñas, que ocupan un espacio reducido. La configuración del terreno ofrece pocos accidentes: todos son colinas altas alternando con valles inmensos. Estos encierran arroyos y fuentes que fertilizan la tierra con sus aguas, y dan mil ventajas y estímulos á una población industrial, entregada como lo está el Japon á la agricultura y al comercio.

Esta carta marítima, así como otros muchos objetos que ha conservado el capitán Cooper, habían sido dejados impensadamente en la embarcación de los japoneses. Estos hubieran deseado sobremanera dejarle varias cosas que sabían que le interesaban, pero le aseguraron que peligraban sus vidas si llegaba á saber el emperador que habían proporcionado á los extranjeros los medios de profundizar el misterio de que están rodeadas las instituciones del país. Manifestaron mucha inquietud sobre este punto, y al aproximarse á Jeddo escondieron ó destruyeron varios objetos que tenían. El capitán Cooper no quiso abusar de la dependencia en que se hallaban con respecto á él, y los dejó, en esto como en todo, la libertad más completa.

Después de haber estado fondeado cuatro días y haber conpletado las provisiones de víveres, agua y leña, comunicó el capitán á los japoneses que se hallaba corriente para marcharse; pero cambió el viento repentinamente, y no pudo salir del fondeadero, á pesar de lo mucho que lo deseaba, no porque el gobernador japonés anunciara siquiera la intención de obligarle á salir, sino porque habiendo satisfecho completamente los fines que se propuso al dirigirse á Jeddo, no tenía interés ninguno en permanecer más tiempo allí. Determinó pues esperar á que el viento fuera favorable y á que cesara la marejada para salir del puerto; pero cuando supo el gobernador la causa de su retraso en salir, le dijo que él se encargaba de hacerle superar aquellos obstáculos. Dió sus órdenes y se levó el ancla; en seguida una fila inmensa de embarcaciones, tan larga que no era posible contarlas, fué á ponerse delante del buque amarrando su bauprés con un cable de remolque. Estaban colocadas las embarcaciones de cuatro en cuatro y se pusieron en movimiento con el mayor orden, á pesar de que según el parecer del capitán debían pasar de mil. Aquella comitiva inmensa ofrecía un espectáculo maravilloso á los marineros americanos. Las embarcaciones en lugar de ser impulsadas por varios remos puestos en los costados, se movían por medio de un solo remo manejado por varios hombres. De esta manera fué remolcado el *Manhattan* hasta diez millas en alta mar, y el oficial que mandaba la escuadrilla le hubiera conducido á mayor distancia á no ser que el capitán le hubiera asegurado que no era necesario. Entonces los japoneses se despidieron con la mayor política del capitán, y mientras que la inmensa fila de barcos se dirigía hácia la costa con un movimiento lento y gracioso, el buque americano hizo rumbo hácia las regiones menos hospitalarias del Kamcharka. Toda la tripulación llevaba del Japon recuerdos curiosos é interesantes, y el capitán celebraba la casualidad que le había puesto en contacto con aquel pueblo singular, que en medio de su aislamiento ha llegado á adquirir una civilización de las más avanzadas.

## SOBRE EL SIMPLON.

Empezaba á rayar el alba y el cielo estaba sereno, cuando me encaminé por la pendiente del Simplon, al través de los bosques salvajes y hermosos que rodean el camino en sus revueltas, y á veces con el sentimiento de tristeza que acompaña la partida de una amiga, me volví para dirigir una mirada de despedida al Ródano, á ese gran río cuyas aguas majestuosas iban á recorrer la Francia. Pronto dejé de verle, y mi pensamiento se absorbió en la contemplación de los cuadros magníficos que se extendían ante mí. Mi vista se perdía en aquellos abismos á cuyo fondo quería bajar, y en aquellos picos á cuyas cimas quería llegar, y en aquel camino suspendido por el hombre en el costado de la montaña y sobre los precipicios más espantosos. Corría el tiempo sin que pudiese yo contarle, y seguía andando silencioso. La vegetación había desaparecido gradualmente, la montaña se había transformado en árida y desnuda, el horizonte se había limitado, y el ruido del valle ya no se oía. Todo era soledad á mi alrededor. Además las nubes habían bajado: el viento hacía oír sus silbidos siniestros en las cimas de los picos que azotaba: el cielo bajó mas aun, mi cabeza se hallaba en las nubes, y una niebla espesa extendió su velo gris á mi alrededor. Una brisa fría y húmeda agitaba mis cabellos, y esta tristeza indefinible de la naturaleza, aumentada por el ruido de un torrente y los chirridos melancólicos de un carro á lo lejos, me habían sepultado en meditaciones sombrías y religiosas.

Ah! qué pequeño y miserable se considera el hombre cuando se encuentra cara á cara con aquellos colosos inmutables cuyas cimas han ennegrecido los siglos, y que con el desprendimiento del más mínimo trozo le aplastarían! Allí mejor que en ninguna parte se comprende lo que vale la vida y se conoce lo insensatos que son todos los sueños de gloria y de porvenir, al pensar que la gloria y el porvenir de un hombre habrán concluido antes que el agua que se destila de aquellas nieves se seque, antes que el musgo haya cesado de cubrir la tosca corteza de aquellas piedras, y antes de que los ángulos agudos de las rocas se hayan redondeado por el esfuerzo de las aguas del torrente. Hubo un momento en que me sentí dominado por un terror involuntario; la imaginación, extraviada en concepciones extrañas, se creaba fantasmas absurdos; sentí mi pecho oprimido por una de esas impresiones penosas que no se pueden explicar: en fin, tenía miedo al hallarme solo en medio de los efectos más sublimes de la naturaleza. Pero á corta distancia, en un hueco de la montaña, una cabaña dejaba escapar de su techo de paja algunos torbellinos de humo; cerca de ella jugaban algunos niños, pastaban algunas cabras, una vaca agitaba el cencerro de su collar, el agua de una fuente murmuraba escapándose de un caño de madera, y algunos pájaros revoloteaban cantando, pero su canto era tan triste... Pobrecitos! estaban tan lejos de las flores y de la vegetación!—Volví á encontrar vida y animación á mi alrededor, y sentí un alivio indecible. Mientras contemplaba aquellos niños y todos aquellos seres cuya tranquilidad se iba reflejando en mi alma, llegó un viajero.

Era joven como yo; su fisonomía y su porte llevaban esa especie de sello que revela siempre en el hombre, á primera vista, la noble cuna ó la buena educación. Cambiamos una mirada cuya interpretación no podía ser dudosa, y caminamos juntos. Cuando la compañía de los hombres nos ha faltado por un momento siquiera, experimentamos una necesidad imperiosa de volverlos á hallar, de aproximarnos á ellos; la confianza se tiene entonces por instinto, y el instinto de la conservación de dos seres reunidos por la casualidad en medio de un paisaje desierto, usurpa toda la forma de una amistad antigua. Nuestra conversación no tuvo pues los inconvenientes de un estudio preliminar, porque fué íntima desde el primer momento.

Hacia pocos instantes que nos conocíamos, cuando al pasar por delante de la capilla de una *Madonna*, colocada á la orilla del camino, vi que mi compañero se quitó el sombrero, se arrodilló devotamente, y pronunció una oración breve. Aunque no pude menos de imitarle, conocí en mi fisonomía la sorpresa que me causara esta acción, y apoyándose en mi brazo me dijo: «Esto es una historia, y se la voy á referir á V.

»Hace unos cuatro años que algunos artistas atravesaban esta montaña por ir á pedir á la Italia sus inspiraciones y sus modelos. ¡Estaban por cierto bien alegres! Todos desafiaban á la nieve que blanqueaba sus vestidos, y al fastidio que no se atrevía á penetrar en el seno de aquella ruidosa caravana. Al llegar cerca de esta misma capilla encontraron á unos leñadores ocupados en levantar el cuerpo ensangrentado de un adolescente, contraído por la muerte y por el frío. ¡Desgraciado! una mano criminal le había herido de muerte cuando daba los primeros pasos en el sendero de la vida, porque su rostro estaba imberbe aun, y la muerte no había podido marchitar completamente el color rosado de sus mejillas. Aquella escena ha dejado en mi memoria recuerdos que nunca se borrarán: asistí á ella.

»Deseoso de ver y de aprender, confiado y lleno de esperanzas, feliz, porque era bastante rico y tenía una madre que le quería entrañablemente, Alberto había salido á recorrer el mundo con un amigo que había sido su compañero de colegio, con quien partía sus alegrías, sus fatigas y su bolsa, y que en cambio le había prometido protegerle. Aquel amigo, que se llamaba Leon, tenía veintitres años. Había nacido entre el vicio y la miseria, y si hubiera examinado con detención su fisonomía, se hubiera podido conocer que aquella mancha original había dejado en su alma un germen que solo esperaba una ocasión propicia para desarrollarse. La educación que había recibido, merced á una filantropía bondadosa, lejos de destruir sus inclinaciones funestas, solo había añadido un nuevo estímulo, dándole un sentido más para percibir el veneno de la envidia baja y cruel que devoraba su corazón. Pero dotado de mucha energía y de un gran dominio sobre sí mismo, de una madurez precoz, de una serenidad poco común, había conseguido engañar á las personas más perspicaces; tenía la fama de ser un joven juicioso, modesto y reflexivo. La madre de Alberto le había elegido para servir de Mentor á su hijo, y este se había entregado con tanta más confianza en manos de su guía por la poca relación que había entre sus dos caracteres. Las afecciones de la infancia se contraen más

fácil y generalmente cuando hay contrastes: ¡el fuerte y el débil, el rico y el pobre, la franqueza y la hipocresía!

»Iban pues juntos hablando de sus ilusiones y de sus proyectos; tenían alegría y confianza, porque la bolsa de Alberto estaba rellena, y no tenían ninguno de los disgustos que inquietan al hombre. El entusiasmo de Alberto le hacía tener cada vez más expansión y verbosidad á medida que se aproximaban á aquel país, cuna poética de las artes y las ciencias, en el que cada eco repite una gloria, y cada piedra ofrece un recuerdo del pueblo rey. Acostumbrado á los accesos frecuentes de tristeza que sufría su amigo, no atormentaba su imaginación buscando una interpretación desfavorable al silencio obstinado con que acogía sus trasportes. Su alma cándida no se hubiera atrevido á concebir ni una sospecha; los chistes que le inspiraba su alegría luchaban con lo que él llamaba la meditación del filósofo; y cuando una contracción se manifestaba en el semblante de Leon, que no había podido dominarla, lejos de ver en ella la revelación de la lucha terrible que sostienen en el umbral del primer crimen la virtud y la conciencia, se compadecía por la tristeza cuya causa no podía averiguar.

»En este estado empezaron á andar á la orilla del precipicio. Leon iba detrás. Varias veces se le pudiera haber visto empezar un movimiento que era detenido por una indecisión terrible; raras veces había apresurado el paso y apretado convulsivamente el mango del cuchillo de monte con el cual aparentaba ir jugando; por su frente corría un sudor copioso que no pensaba siquiera en limpiar; sus miradas eran siniestras; respiraba con dificultad... Por fin, lanzando un rugido salvaje, saltó sobre el desgraciado Alberto... con una mano le sujetó con un vigor sobrehumano, y con la otra dirigió una puñalada á su corazón. Alberto no tuvo tiempo ni para comprender lo que le pasaba, ni para arrojar un grito; apenas pudo tender una mano suplicante á esta *Madonna* cuya protección imploraba, y cayó sin conocimiento...»

La emoción extraordinaria que experimentó mi compañero de viaje en toda esta parte de su narración, le obligó á interrumpirse al llegar aquí. Una palidez estremada había cubierto su semblante, y su voz estaba sensiblemente alterada. Yo también estaba muy conmovido, y le miraba con inquietud; pero se tranquilizó pronto y prosiguió:

«El frenesí del asesino se había disipado repentinamente; había cesado el vértigo, y le había reemplazado esa calma exterior y exagerada que sigue siempre á una gran crisis. Se apoderó de la cartera y de la bolsa de la víctima: le despojó de las alhajas y del reloj, y cogiendo después el cadáver por los pies, le arrastró hasta la orilla del abismo... Después un cuerpo humano rodó por la nieve y se detuvo en el ángulo de una peña que se hallaba á mucha profundidad en la orilla del torrente.

»Leon echó entonces con el pie un poco de nieve sobre el charco de sangre que había en el suelo; además, como estaba cayendo nieve con abundancia, dejó á Dios el cuidado de hacer desaparecer el rastro de su crimen... ¡y siguió tranquilamente su camino!

»Pero no estaba aun bastante inveterada en él la idea del crimen para poder resistir á un sacudimiento tan fuerte. Pronto se esparció por todos sus miembros; su fuerza física le abandonó; sintió vacilar sus piernas, y se vió obligado á pedir en uno de los *refugios* que hay en el camino un poco de licor que le restituyese las fuerzas.

»No debía esperar mucho tiempo el premio de su delito. Había contado con la soledad y el silencio para librarse de la justicia de los hombres; pero se había olvidado de que el dedo de Dios sabe señalar al culpable. La sangre había vuelto á aparecer sobre la nieve que se había derretido en ella; el cuerpo de Alberto había sido hallado por algunos viajeros enviados sin duda por la Providencia. Leon fué preso, y un mes después estaba espuesto su cadáver en un cadalso. Murió sin confesar lo más mínimo... sin dar la menor señal de arrepentimiento!... ¡Ojalá que su alma haya hallado el perdón ante la misericordia divina!...

»Cuando me arrodillé delante de la *Madonna* fué para pedirle que vele sobre mí, y que me libre de cualquiera desgracia en mis viajes, para pedirle que sea mi protectora... Era en fin un tributo de fé y de gratitud!...

Se calló y anduvimos largo rato silenciosos, porque me había hecho participar, por el acento de verdad que había en sus palabras, todas las impresiones que parecía él haber experimentado. Pero cuando se serenó su semblante, y me repuse yo también de mi turbación momentánea, le dije:

—Su historia de V. es muy interesante y muy triste. Pero ahora que me ha hecho V. sentir todas sus emociones, no se negará V. á añadir como epílogo la confesión de una superchería amable que le agradezco á V. tanto más, cuanto que ha venido á añadir los grandes efectos de un drama sangriento á las bellezas sublimes de la naturaleza que nos rodea. Para dar á esa narración todo el colorido de la verdad, la ha adornado V. con pormenores circunstanciados y minuciosos; debo observarle á V. que esos pormenores no puede saberlos nadie, porque me ha dicho V. que el crimen no tuvo testigos, que el asesino nada confesó, y no creo que después de muerto haya dicho Alberto...

—Alberto?... me interrumpió él con una sonrisa cuya expresión no olvidaré nunca... ¡Alberto soy yo!

## SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL. LA ILUSTRACION.

Como ofrecimos en el número anterior, con el presente se reparten los prospectos de estos dos periódicos, hácia los cuales llamamos muy particularmente la atención de nuestros suscritores: ambos van á mejorar notabilísimamente en la parte material; respecto á la literaria, muy pronto publicaremos una lista de los materiales que tenemos dispuestos para el primer trimestre, á fin de que por ellos pueda venirse en conocimiento del interés que pensamos dar á los números próximos. Con el primero de LA ILUSTRACION DE 1853, repartiremos la *vista* ofrecida del interior del Palacio de Cristal, tirada aparte en papel fino, para que pueda colocarse en un cuadro.

LOS PÁJAROS SOBRE LAS TORRES.

FANTASÍA HISTÓRICA.

Si algun día pudiera yo realizar la utopia de Juan Jacobo; si algun día me fuera dado habitar aquella casa de persianas verdes con que en vano soñó toda su vida, y á la cual se retiran hoy en día todos los curiales de París, quisiera yo completar su fisonomía agreste alojando bajo su techo una tribu entera de golondrinas, y que resonara siempre en ella un rumor de pájaros como en las ramas de un roble. Esta dulce union del hombre con el pájaro; esta hospitalidad sencilla dada al clan alado por la familia humana, me ha parecido siempre una de las formas mas poéticas por medio de las cuales puede entrar el hombre en comunicacion con la naturaleza. Desde su salida del arca de Noé, se han separado los animales en dos ramas muy distintas: unos han huido de la comunidad de aquel cortijo patriarcal que les salvó del diluvio universal, para no volver á entrar en él; los otros han permanecido fieles; y unos se han hecho misántropos, y los otros han permanecido «amigos del hombre», como dice Buffon. A estos la proteccion y el establo; á aquellos la caza y las casas de fieras. Por su instinto y su naturaleza, los pájaros son de entre todos los animales los que pueden libertarse con mas facilidad del vasallaje del hombre. El vuelo desafia al andar, el ala se burla de los pies. Así que en la proximidad que algunos pájaros tratan de establecer entre sus nidos y las habitaciones del hombre, una confianza tan amistosa y encantadora, que en todos tiempos han correspondido á ella el hombre y la habitacion con una acogida casi supersticiosa.

El mas familiar y constante de estos huéspedes voluntarios, es la golondrina. Pero ¿qué diremos de ella que no se haya escrito ya cien mil veces? Su desgracia es haberse llamado antiguamente *Progré*, lo cual ha servido de pretexto

naño; es blanca por el vientre y negra en el lomo. No irás á buscar á la casa rica una cesta de higos, una copa de vino, un pedazo de queso, y un poco de trigo. La golondrina no niega nada, ni siquiera un bollo. Nos iremos con las manos vacias, ó nos darás algo. Si nos das nos iremos, si nos nie-



Los pájaros en las torres.

«gas no nos moveremos de este sitio; nos llevaremos la puerta y la muger que está sentada en tu hogar. Es pequeña y delgadita tu muger, nos la llevaremos fácilmente. Ea, danos, danos algo: por poco que sea lo que nos des, será mucho.» Abre, abre tu puerta á la golondrina, porque no somos ancianos que somos niños.» De este modo, en esta súplica sencilla, para conseguir mejor su objeto, el niño se disfrazaba de pájaro, y escondido bajo sus alas alargaba para recibir las rústicas limosnas, un nido de golondrina en lugar de la mano ó de un cesto. Aun hoy, la golondrina está rodeada en todas partes por la buena acogida y la proteccion de todos. En el campo se la considera como el talisman viviente de la casa que adopta. En Saboya el labrador ve en ella una especie de Sibila que le profetiza las prosperidades y los contratiempos del año. Así es que además del buen ó mal tiempo cuya proximidad conocen por su modo de volar, cuando al marcharse vuela tres veces alrededor de la casa que abandona, suponen que lleva luto por alguno de los habitantes de ella que deberá morir antes del regreso de la golondrina: si al volver hace



Los pájaros en las torres.—Cuestacion en Grecia.

á todos los poetastros para hacer uno de los ensayos mas usados de su *Gradus ad Parnassum*.

La golondrina es la huéspedada mas cariñosa de las habitaciones humanas. Necesita oír á su alrededor voces, pasos, ruidos humanos. Póngase una tienda de campaña en el centro de un bosque virgen, y dejará su árbol para anidarse bien ó mal en los pliegues superiores de la tela. Los rumores tumultuosos de nuestras ciudades no la espantan, y encima de nuestras ventanas, que se abren y cierran ruidosamente, vienen á colocar sus nidos al alcance de la mano. La Providencia da confianza á los pajarillos. ¿Qué cincelado, qué bajo relieve, qué adorno vale tanto como aquel nido de tierra y paja? ¿Qué compañía mas alegre para una casa que aquel alado que revolotea á su alrededor sin cesar?

Me acuerdo de haber visto en Roma, en el mes de mayo, las esculturas de los arcos del Triunfo del Forum llenas de golondrinas: cualquiera diria que las deterioran, pero para un poeta las vivifican. Cada tarde los sombríos monumentos parecian árboles. Se oian trinos en los trofeos, gorjeos en los adornos. Se las veia llegar una por una, revolotear en todos sentidos y perderse después en el seno de las bóvedas. Para mí, aquellas construcciones sencillas del pájaro, al lado de la arquitectura grandiosa del emperador, era la metamorfosis mas risueña que se puede imaginar. Nunca sentiré la piedra que caiga para hacer sitio á un nido, por eminente que fuera el cincel que la trabajara.

Los antiguos, apreciadores tan exactos de las relaciones naturales, tributaban una predileccion marcada á las golondrinas. Las habian puesto bajo la proteccion de los dioses Penates, y suponian que estos, cuando veian que eran maltratadas, las inspiraban la idea de ir al establo y picar las tetas de las vacas que pertenecian á la familia inhospitalaria. En Grecia en la primavera los niños iban de casa en casa haciendo la *Cuestacion para las golondrinas*. La cancion popular que cantaban ha llegado hasta nosotros al través de los siglos. «Ya ha venido la golondrina trayendo la buena estacion y el buen



Viaje al Japon.

su nido hácia el lado del granero, anuncia una cosecha abundante y magnífica. En la primavera es cuando vienen las golondrinas á participar de nuestras habitaciones.

Otro pájaro hay, el mas curioso y el mas familiar de todos, que viene en el invierno á pedir al hombre la abrigadora

hospitalidad de su hogar: es el *colorin*. Los cuentos alemanes están llenos de dulces leyendas sobre este precioso parásito del invierno. El guarda-bosque ha regresado de su ronda, y se calienta dentro de su casita acompañado de su muger y de sus hijos. Fuera hace frio; la nieve blanquea el esqueleto inmenso del bosque, y el viento sopla furiosamente como en una trompa colosal. Pero la casita está bien cerrada, y en invierno es inútil que revolotee el *colorin* buscando una entrada. El grueso tronco arde en el fondo del hogar, y sus brillantes reflejos convierten en platos de oro los de estaño que están colocados sobre el blanquísimo mantel sostenido por la mesa de roble, esperando la cena. De repente se oye el pico de un pájaro golpear graciosamente en el vidrio de la ventana, convertido por la helada en un precioso vidrio pintado de iglesia, adornado con arabescos que la mano del hombre no sabria imitar con perfeccion: es un pobre *colorin*, triste, hambriento y transido de frio, que pide hospitalidad. La hija mayor entreabre la ventana, y el pájaro se precipita en la habitacion, haciéndola resonar con sus cantos de alegría y gratitud. Pronto se familiariza con sus bienhechores, pica las miguitas que caen de la mesa, vuela tranquilamente alrededor del fuego, y gorjea sus mejores cánticos, mientras que para completar el concierto, ronca el enorme gatazo delante del fuego, y el grillo, ese ermitaño incombustible del hogar, salmodia su canto uniforme é inalterable. Cuando llega la noche, el *colorin* se coloca en el extremo del torno de hilar, adornándole con su plumaje purpúreo, y cuyo rumor de colmena le facilita el sueño como el estremecimiento de las hojas del árbol nativo. Llega la primavera, y de repente ¡oh prodigio! el pájaro se transforma en una joven hermosa como la luz del día, y resulta que es una hada de un ventisquero, que tenia frio en su montaña, y se transformó en *colorin* para venir á poner á prueba la hospitalidad del hombre. La benéfica hada regala al guarda-bosque un fusil encantado, cuyas mágicas balas no yerran nunca el blanco á que van dirigidas, se cons-



Viaje al Japon.

tituye en madrina espléndida del niño que ha nacido durante su residencia en la casa, y se despide de la familia prometiendo volver el invierno siguiente.

Aun hay otro pájaro, inquilino gratuito tambien de las habitaciones humanas, que ha sido objeto siempre de una veneracion unánime. Es la cigüeña. En Egipto se la contaba en el número de las aves sagradas, y se la embalsamaba después de su muerte como á un Faraon. En el language jeroglífico, su imágen significa piedad, beneficencia, y su nombre hebreo *chasida*, tiene la misma significacion. En Tesalia el asesino de una cigüeña tenia pena de muerte. El pretor Sempronio en Roma fué el primero que se la hizo servir en la mesa, y promovió un escándalo espantoso, una indignacion universal. «El nido de la cigüeña era respetado por todos, exclamó Horacio, hasta que llegó aquel pretor sacrilego.» Sempronio no tardó en recibir el castigo que exigia esta impiedad gastronómica; el pueblo no le reeligió en sus votaciones, y al instante corrió este epigrama por la ciudad: «Sempronio; ese asesino de cigüeñas, no ha obtenido ni siete sufragios; el pueblo ha vengado la muerte de las cigüeñas.» En la ornitología mística, la cigüeña figura entre el pelicano ensangrentado de la caridad y el águila deslumbrada por el éstasis, como el símbolo de la contemplacion vigilante, y merece efectivamente este culto idólatra. Es la mas virtuosa de todas las aves, grave, frugal, taciturna y melancólica; tiene todas las costumbres de un habitante del desierto. Alimenta á sus padres cuando son ancianos y achacosos. El código la debe la idea de la pension de alimentos; la ley de alimentar la vejez paterna fué llamada entre los griegos ley de la cigüeña. En los augurios, su aparicion significaba union, paz, concordia, y su partida presagiaba á la ciudad que abandonaba las mayores calamidades.

Hoy en día aun, la opinion general supone que la cigüeña es la bendicion de la casa en que se establece. En Holanda y Alemania se colocan ruedos ó cajas en los tejados para incitarlas á que se establezcan y hagan un nido en ellos, prefe-

rencia escasa y significativa, porque escoge siempre la parte mas elevada de las torres y de los campanarios de las iglesias. Recuerdo haber visto en Avanches, en Suiza, el nido de una cigüeña sobre el chapitel de la gran columna corintia, resto magnífico del *Aventicum* romano. El pájaro se tenia sobre una pata, en una actitud contemplativa, sumida en su meditacion de cigüeña. La ondulacion de su cuello se destacaba limpia y pura en la trasparencia del aire; parecia una serpiente de alabastrina blanca teniéndose sobre el extremo de su cola. El escultor mas hábil y de imaginacion mas fecunda, no hubiera podido idear para la columna antigua un remate mas espléndido. La municipalidad de Avanches cuidaba á su grave huésped con una proteccion solícita y cariñosa. La legislacion patriarcal del canton de Vaud se hacia feroz en tratándose de la cigüeña. Cada guijarro arrojado á su nido caia convertido en una lluvia de escudos en las arcas del ayuntamiento. La tarifa de las multas estaba fijada en la base de la columna, ocupando probablemente el sitio de alguna inscripcion imperial. ¡Oh trasformacion de las cosas humanas! Así aquella columna que seria en otro tiempo el pedestal de alguna estatua de César, es hoy la que sostiene la habitacion de una cigüeña.

Sabido es que la cigüeña nos abandona en el invierno para regresar en el verano. Es alternativamente mahometana y cristiana: seis meses del año anida en los minaretes del Levante y en las pagodas de la India, y otros seis meses en las torres de nuestras catedrales. Los campaneros y los *muezminos* la dan serenatas. Quizás su carácter filosófico y meditabundo proviene de esta hospitalidad duplicada y tolerante. Generalmente contrae un compromiso con el domicilio que ha elegido, y nunca deja de volver á él. Un caballero polonés, queriendo tener alguna prueba de esto, puso en el cuello de una cigüeña, huésped de su casa, un collar de hierro con esta inscripcion: *Ciconia ex Polonia*. Seis meses después volvió el pájaro; el collar de hierro habia sido sustituido por otro de oro con estas palabras: *India ciconiam cum donis remittit Poloniae*. Hay una poesia indefinible en

recuperar las fuerzas por medio de un sueño reparador. ¡Ah! Habia contado sin la huésped, y la huésped eran mis vecinos... pero ¡qué vecinos, querido lector!

Ya empezaba á conciliar el sueño, cuando muy cerca de mí, aunque al otro lado del tabique, resonó un concierto atronador de maullidos, que hacia perder la respiracion. Eran unos *miau, miau*, unos *fuuuuuu* y unos *ruuuuu* que nunca acababan.

—¿Qué demonios es esto? exclamé impaciente? ¿Es posible que mis vecinos abriguen tanto número de gatos?

Quise cerciorarme del hecho, salté de la cama, vestime y salí hácia el pajar, con la luz en la mano, decidido á suplicar á mis vecinos que hiciesen callar á sus animales, ó en caso de no conseguirlo, á pedir contra ellos, ante los tribunales, daños y perjuicios, por causa de insomnio con premeditacion.

Dos puertas daban al pajar: la mia, y la otra en muy mal estado.

Llamé á esta, pero no obtuve respuesta y los maullidos cesaron un instante, aunque por desgracia se reprodujeron de nuevo con un furor creciente. Después de tres ó cuatro tentativas para que me abriesen, iba ya perdiendo la paciencia (pues me creia objeto de una mistificacion), me ocurrió forzar la puerta, á fin de encontrarme frente á frente con el mistificador. Fuí sin embargo bastante dueño de mí mismo para no hacerlo de pronto, y así resolví asegurarme primero de la clase á que pertenecia el enemigo con quien iba á habérmelas. Aplicando la luz á una de las hendiduras de la puerta conseguí iluminar un poco el interior del recinto, y al mismo tiempo apliqué la visual de uno de mis ojos. Juzgad de mi sorpresa y de mi desencanto... Aquella puerta era la de un granero, en el cual se hallaban reunidos como unos treinta gatos.

¡Qué vecindad!  
Y con todo, me puse á observar á aquellos estraños vecinos de la casualidad me habia deparado. Todos estaban agrupados alrededor de un gatazo negro, que lanzaba maullidos capaces de ensordecer al mas pintado, y á los cuales res-

—¡Miserables animales! exclamé colérico: han jurado no dejarme en paz.

Iba ya á hacer añicos el pliego, cuando me ocurrió una idea.

—¿Quien sabe? me dije: tal vez sea esto muy curioso para la ciencia zoológica: estos animales no han sido bastante observados... tienen un idioma particular que todos ellos entienden. ¿Por qué no lo han de escribir? Este pliego llegará á ser acaso un monumento científico.

Satisfecho de mi reflexion, doblé cuidadosamente el papel y lo guardé en mi pupitre, esperando que mi vecino volveria á la carga y me daria la continuacion. A fin de obtener lo que deseaba, salia todas las mañanas, dejando un pliego en blanco sobre la mesa, y lejos de ver burlada mi esperanza, lo encontraba, cuando volvia, completamente emborronado. Esta maniobra duró quince dias, pues el pliego XVI quedó en blanco, como yo lo habia dejado, y desde entonces no volvió á la buhardilla el garrapateador.

Todos los dias examinaba con atencion los estraños signos que me habia dejado, y el pensamiento de que espresaban alguna cosa iba tomando consistencia en mi imaginacion. Creia haber hecho un descubrimiento importante y estaba tan contento que hablaba de él á todo el mundo.

—¡Ah! murmuraba: si yo pudiera traducir estos garrapatos, no necesitaria mas para hacerme rico.

La casualidad me hizo encontrar en la biblioteca, á que diariamente concurría, á un sabio anciano, que hablaba veinte idiomas. Algunas palabras nos pusieron en relaciones, y le referí la fortuna que el cielo me habia deparado por conducto de mi vecino el gato negro, así como la opinion que habia formado de que los gatos poseen un idioma propio.

El se sonrió mirándome de hito en hito. Me figuré al pronto que queria asegurarse de que yo no estaba loco, pero después de un momento de silencio, me llevó á un lado y me dijo: —Efectivamente poseen uno, y si quereis confiarme esos pliegos, os los devolveré traducidos.

—¡Bah! exclamé algo sorprendido. ¿Sabeis la lengua gatuna?  
—No muy bien; la comprendo siu hablarla, pues me falta



El Simplon.—La Madonna.

este regalo enviado desde el fondo de la India por algun brahma tal vez poligloto al escita lejano y desconocido.

Antiguamente las cigüeñas eran mas frecuentes en las casas que en el dia, y esto se explica fácilmente. Las ciudades de la edad media no tenian tanto ruido como las nuestras. El silencio de sus claustros numerosos apagaba cuasi todos los rumores. Actualmente el tumulto borrascoso de nuestras calles asusta á las aves mas intrépidas; así es que la mayor parte de los que visitaban las casas de nuestros padres, las han abandonado para siempre.

**MOUMOUTE.**

**MEMORIAS DE UN GATO, GARRAPATEADAS POR ÉL MISMO.**

Prefacio, en el cual se manifiesta cómo han venido á parar á mis manos estas memorias.

Habrá poco mas ó menos unos ocho años, que después de haber abandonado el techo paternal para lanzarme al mundo, me encontré, segun suele decirse, como tres en un zapato. Mi primer cuidado fué buscar un abrigo para mi pobre cuerpo; y como en las casas de París la posicion que se ocupa está casi siempre en razon inversa de lo que uno tiene en el mundo, fuí á solicitar hospedaje á las buhardillas de la elegante capital. La primera que me abrió sus cuatro paredes, se hallaba situada en el sétimo piso de un edificio antiguo de la calle de Santiago; recibia la luz por una ventana que tenia la figura de una caja para tabaco, y se abria en el techo, y se ascendia á ella por una especie de escala, honrada con el nombre de escalera, pero que carecia de inclinacion gradual, porque era perpendicular en toda la fuerza de la palabra.

Allí fué donde establecí mis penates. Cansado, como todo el que muda domicilio, me acosté muy temprano, esperando



Moumoute.

pondian los demás con otros no menos atronadores. Unos aparecian tendidos en el suelo, otros sentados sobre... lo que sirve para sentarse, y algunos jóvenes jugaban no lejos del intrépido maullador, quien de vez en cuando, y sin interrumpir el hilo de su discurso, los llamaba al órden por medio de sendos manotazos. Estuve examinándoles por espacio de una hora: el gato negro habia perorado enormemente, no sin dejar que sus compañeros tomasen á ratos la palabra, y volví á mi vivienda convencido de que aquellos animales se habian reunido allí para alguna cosa, y de que no maullaban tanto sin algun poderoso motivo.

—¿Quien sabe, decia yo riéndome al mismo tiempo de mi propio pensamiento, si he presenciado un congreso de gatos sabios reunidos para tratar de algun asunto grave? Tal vez sean los diputados de la nacion arañadora y discutan los intereses del estado gatuno.

Mucho me distrajo esta idea, y b'en me hubiese acostumbrado al ruido de las discusiones, bien mi cansancio pudiese mas que aquel estrépito infernal, pronto me quedé profundamente dormido. Mi primer pensamiento, al despertarme, se consagró á mis vecinos; me vestí sin detenerme y corrí á la puerta del granero... Los gatos habian desaparecido; cada cuál habia ido sin duda á atender á sus propios negocios. Decidime á hacer lo mismo, y después de haber preparado papel y tintero, á fin de escribir cuando volviese, salí de la buhardilla, no sin dejar abierta de par en par la *caja para tabaco*, con el objeto de que se renovase el aire.

Acabo de decir que habia dejado sobre la mesa papel para escribir: cuando volví de la calle encontré el primer pliego lleno de garrapatos indescifrables: consistian en líneas pequeñas, unas rectas y otras en forma de greca, colocadas en todos sentidos. Hallabame sorprendido, pero examinando con atencion el papel, creí reconocer en ciertos parajes la señal de la pata de un gato. Alguno de mis vecinos se habia introducido en mi buhardilla y habia trazado aquellos diabólicos signos metiendo sus uñas en mi tintero.



Moumoute.

perfeccionarme en la pronunciacion, que es la parte mas difícil. Se me figuró que mi amigo el sabio queria mistificarme, pero adiviné mi pensamiento, pues añadió:

—¿Qué aventuras? Dadme los pliegos y vereis...

Al dia siguiente se los envié, aunque bien persuadido de que se burlaba de mí. Y aun me queda alguna sospecha de esto mismo, aunque quince dias después me entregó un rollo de cuartillas.

Era la traduccion y se intitulaba: *MIS MEMORIAS, dedicadas á los gatos jóvenes, á fin de enseñarles que deben contentarse con su suerte y con su posicion, y que el deseo de mudar de fortuna y la ambicion, son dos enfermedades fatales que dominan á todos los animales. Sirvalos mi vida de escarmiento y contentense con mayar.*

Erraba la sonrisa en sus labios cuando me dió la traduccion. Ignoro si se reia de satisfaccion ó si se mofaba. Sea de esto lo que fuere, después de haber leído las memorias de mi vecino el gato negro, me decidí á publicarlas, persuadido de que su lectura no será inútil ni desagradable, y cuidándome poco de que sean apócrifas ó verídicas, ya que contienen ejemplos y consejos saludables.

Si son falsas, ruego al lector que no por eso se muestre menos agradecido á mi amigo el sabio, por haberlas inventado con el único objeto de mistificarme.

Si son verdaderas y están fielmente traducidas del farrago que le entregué, deseo que mi poligloto amigo obtenga en recompensa de su trabajo una cátedra de lengua gatuna.

Ahora juzgad vosotros, después que leais estas memorias.

**CAPITULO PRIMERO.**

Nobleza de mi estraccion.—Moumoute Primero.—Mis padres.—Un fricase de conejo hace varios huérfanos.

La raza de los Moumoutes es antiquísima, y puedo decir sin vanidad que tengo en mi escudo mas de un cuartel de nobleza bien adquirido. Recuerdo que mi buena abuela solia

mayarme al oído para dejar consignado en mi memoria que uno de mis antepasados se había hospedado en el palacio real de París.

Dicho palacio acababa de ser construido por cierto cardenal llamado Richelieu, que quería entrañablemente á los gatos jóvenes. Era hombre de gusto, de modo que mi antepasado disfrutó una infancia deliciosa en compañía de aquel ministro. Todo se le permitía; iba desde el gran salón de recepciones al gabinete particular del hombre de estado; paseábase sobre el bufete y mas de una vez puso sus uñas en órdenes secretas de encarcelamiento. Mas ¡ah! los días felices trascurren velozmente. Mi antepasado se tomó cierto día la libertad de estampar aquellas mismas uñas en el rostro de cierto padre llamado José, que gozaba mucho favor con el cardenal, y de retirarlo con bastante viveza para dejar señales visibles de lo muy afiladas que las tenía, y fué despedido sin misericordia como un perro... ¿qué digo? como un gato en desgracia, demasiado atrevido para servirse de sus garras, como si la naturaleza nos las hubiese concedido únicamente para nuestro adorno.

Paréceme que con semejante origen, bien puede un gato estar satisfecho de su nobleza.

Moumout I, que había pertenecido al cardenal, tuvo una de las mas gloriosas existencias que se han conocido: entró sucesivamente al servicio de todos los enemigos del ministro, quienes se apresuraron á halagarle y ganarle para su partido. La duquesa de Chevreuse fué la primera que le dió hospitalidad y presenció por lo mismo todas las intrigas de su nueva ama contra el poder de aquel á quien llamaban el *Hombre Rojo*. Después pasó sucesivamente á casa de Mr. de Vendôme, á la del conde de Chalais y por último á la del guarda-sellos Miguel de Marillac. Murió al fin reventado en el tumulto y desorden que ocasionó la prision de su amo, después de una conspiración que se conoce en la historia por la *Jornada de Dupes*, en 1630. Mi antepasado Moumout I había tomado parte, por consiguiente, en los acontecimientos mas notables de aquella época, y pereció dejando una familia numerosa, diseminada en todos los graneros y tejados de la nobleza de Francia.

Yo descendiendo de él por línea recta, pero lejos de ser tan brillante como la suya, mi vida está llena de raros sucesos, que voy á tener el honor de ir garrapateando. Mi padre Moumout CXXXV de nombre, pertenecía á un hosterero: lo mismo que su abuelo, habitaba en el palacio real, con la única diferencia, que la casa que ocupaba tenía por muestra los *Hermanos Provinciales*. ¡Pobre padre mio! Murió miserablemente y nunca le conocí. Habiéndose extraviado cierto día de vuelta de paseo, tuvo la desgracia, ó mas bien la imprudencia, de seguir á un galopin de cocina, por espíritu de cuerpo. El pérfido lo condujo sin detenerse á una hostería, situada fuera de las barreras de París, y al día siguiente fué servido mi pobre padre como *fricasé de conejo* á varios aficionados, que en vano procuraron buscar su cabeza.

Aquel fricasé acababa de hacernos huérfanos, y digo huérfanos, porque yo tenía otros hermanitos. Al día siguiente tomábamos el sol en el café de Foy, sobre cuyo mostrador se pavoneaba mi madre. No permanecimos mucho tiempo, porque habiéndonos tentado el diablo, empezamos á saltar sobre las mesas del café, rompimos dos copas y tres tazas, y en consecuencia me entregaron, así como á dos de mis hermanitos, á un mozo, que recibió la orden de arrojarnos al río.

## CAPITULO II.

Me libro de las aguas.—El vestido de seda.—Mi nodriza.—Un estudio. Pierdo á mi protectora.—Mi primera expedición.

El mozo ejecutó al pié de la letra aquella orden cruel, y á eso de las ocho fué arrojado al río desde el puente Real; la misma suerte cupo á mis dos hermanos, quienes lanzaron unos maullidos capaces de enternecer el alma de cualquiera, menos la de un mozo de café.

Ignoro qué se hicieron mis hermanitos: en cuanto á mí, sé decir que por una abertura practicada en el techo de los baños de Vigier, caí blandamente sobre un vestido de seda, al cual me alerré con las uñas por instinto. El vestido que me había salvado la vida pertenecía á una joven que se estaba bañando y que dió agudísimos chillidos al verme aparecer tan súbitamente: esto no obstante, pronto se interesó por mí, me adoptó y me llevó á su casa, en la cual me criaron. ¿Se creerá lo que voy á añadir? Mi nodriza fué una perra, que acabó mi lactancia al mismo tiempo que la de su hijo. De aquí proviene sin duda el que no abrigo, como los animales de mi especie, un odio pronunciado contra los perros. Pronto me encontré en estado de manejar por mí mismo.

Mi protectora era muger de un escribano, y debo asegurar que me prodigaba mil caricias: yo era su ídolo por las gracias que desplegaba, y ella me mimaba mas de lo que podía desear.

Cierto día, al salir del gabinete de la muger del escribano, me aventuré á atravesar el pajar y me encontré en un gran salón decorado con bufetes negros, y en el cual se veían muchos jóvenes, al parecer sumamente ocupados. Uno de ellos leía en cierto libro oculto bajo un farrago de papeles; otro trazaba en un papel varias líneas cortas y desiguales, que mas tarde reconocí ser versos; otro en fin no hacia mas que cortar la pluma y siempre le parecía mala, pues no cesaba en su faena. De pronto se presentó un hombre vestido de negro y se sentó en un bufete separado de todos los demás y mucho mas elegante que los otros. Al momento se le acercaron todos los jóvenes; uno empezó á cantar y otro bostezó, hasta que por último se reunieron todos para proferir mil chanzonetas á costa del escribano, á quien llamaban su *principal*, y de quien se mofaban á banderas desplegadas. Me hallaba pues en un despacho ó estudio, y aquellos jóvenes eran pasantes y escribientes del escribano. Me sentí indignado contra ellos, pues juzgué que obraban muy desacertadamente burlándose de aquel modo de su jefe, y volví sin perder momento al gabinete.

¡Ay! No debía permanecer en él mucho tiempo. Al despertarme un día busqué inútilmente alguna persona en la casa, pues á nadie encontré. Comencé á mayar y llamé á mi ama, pero había desaparecido, y su gabinete y su dormitorio se hallaban en un desorden completo. No tardaron en penetrar en todos los aposentos unos hombres vestidos de

negro, quienes colocaron fajas de papel en todos los muebles é hicieron de mí tanto caso como si no existiese. Por su conversacion comprendí que mi amo se había metido en especulaciones de Bolsa, que le habían salido mal sus cuentas, en una palabra, que había quebrado y huido á Bélgica sin cuidarse de mí. Supe tambien que las fajas de papel colocadas sobre los muebles eran sellos de secuestro.

(Continuará.)

### COLUMNA DEDICADA AL GRAN EJÉRCITO EN LA PLAZA DE VENDÔME, EN PARÍS.

(Conclusion.)

10. El 26 de setiembre, el 4.º cuerpo que salió de Bolonia, pasa el Rhin en Spire.
11. El 26 de setiembre, el 6.º cuerpo que partió de Montreuil, pasa el Rhin cerca de Dourlach.
12. El 1.º de octubre, el emperador, llegado á Strasburgo, pasa el Rhin por el puente de Kehl.
13. El 1.º de octubre, el elector de Bade sale á recibir al emperador á Ettlingen.
14. El 2 de octubre, el elector de Wurtemberg sale á recibir al emperador á Louisbourg.
15. El 6 de octubre, el 4.º cuerpo encuentra al enemigo en Donawerth.
16. El 8 de octubre, el mariscal Murat bate al enemigo en Wertingen.
17. El 8 de octubre, entrada de los franceses en Wertingen.
18. El 9 de octubre, el 4.º cuerpo entra en la ciudad de Augsburg.
19. El 8 y 9 de octubre, los cuerpos 2.º y 3.º pasan el Danubio en Neubourg.
20. El 9 de octubre, Guntzburg es atacado y tomado.
21. El 9 de octubre, el emperador distribuye honores en el puente de Zursmehrshausen.
22. El 10 de octubre, el emperador llega á Augsburg, arenga al 2.º cuerpo en el puente de Lech, y recibe su juramento de vencer.
23. El 13 de octubre, el 4.º cuerpo llega al frente de Memmingen.
24. El 13 de octubre, el mariscal Soult cerca y hace prisionera á una division enemiga en Memmingen.
25. El 14 de octubre, 6,000 franceses cercados en Albeck por 25,000 hombres, baten al enemigo y hacen 1,500 prisioneros.
26. El 14 de octubre, el mariscal Ney fuerza el puente de Elchingen y gana la posicion de la abadía.
27. El 14 de octubre es atacado el foso de la puerta de Ulm.
28. El 15 de octubre, el emperador llega al frente de Ulm. Aclamaciones del ejército.
29. El 15 de octubre, ataque y toma de Michels-Berg.
31. El 16 de octubre, el mariscal Berthier recibe la capitulacion de Ulm.
30. El 19 de octubre, el general Werneck y su division caen prisioneros.
32. El 20 de octubre, 1,500 oficiales y 40,000 hombres salen de Ulm, entregan las armas y entran en Francia.
33. El 20 de octubre, el feld-mariscal Mach y diez y ocho generales envainan su espada en presencia del emperador.
34. La Victoria escribe en un escudo la historia de esta primera parte de la campaña.

### SEGUNDA PARTE DE LA CAMPAÑA.

35. El 24 de octubre, entrada del emperador en Munich.
36. El 27 de octubre, el 1.º cuerpo llega al Inn delante de Wasserburg.
37. El 28 de octubre, el 3.º cuerpo pasa el Inn en Muhlendorf.
38. El 29 de octubre, el emperador entra en Braunau, llave del Austria, y toma los almacenes de la artillería del enemigo.
39. El 1.º de noviembre, el 3.º cuerpo pasa el Traun en Lammach.
40. El 3 de noviembre, el 5.º cuerpo entra en Linz.
41. El 4 de noviembre, toma de Ebersberg sobre el Traun.
42. El 5 de noviembre, el mariscal Murat con su cuerpo, después de pasar el Inn en Muhlendorf, bate al ejército ruso de Amstetten.
43. Entrevista del emperador Napoleon y del elector de Baviera, cerca de Linz.
44. Los días 4 y 5 de noviembre, el 6.º cuerpo se apodera del Tirol, después de la capitulacion del fuerte de Luetasch, del combate de Scharnitz y el combate de delante de Inspruck.
45. El 7 de noviembre, toma de los almacenes de Inspruck; los enfermos son confiados á la generosidad francesa.
46. El 7 de noviembre, banderas francesas encontradas en el arsenal de Inspruck.
47. El 9 de noviembre, el 5.º cuerpo y la reserva entran en Saint-Polten.
48. El 10 de noviembre, el emperador y su cuartel general se hallan en la abadía de Molk.
49. El 11 de noviembre, combate de Krems cerca de Durustein.
50. El 13 de noviembre, el mariscal Murat entra en Viena con la reserva.
51. Los mariscales Murat y Lannes sorprenden el puente de Viena.
52. El 13 de noviembre, el emperador arenga á su ejército en Schönbrunn.
53. El 14 de noviembre, los habitantes de Viena presentan las llaves de su ciudad al emperador.
54. El emperador remite á París las banderas cogidas al enemigo.
55. Los días 15 y 16 de noviembre, combate de Hollabrunn (conocido con el nombre de Schograbben).
56. El 20 de noviembre, el emperador recibe en Brunn á los diputados de la Moravia.
57. El 22 de noviembre, unas avanzadas llegan hasta Olmutz.
58. Los días 27 y 28 de noviembre, el mariscal Davonst entra en Presbourg, capital de Hungría.

50. El 29 de noviembre, el emperador le da una posicion á su ejército y fortifica á Santon.
60. El 29 de noviembre cangea á un parlamentario ruso.
61. El 1.º de diciembre, el emperador visita sus puestos avanzados por la noche.
62. El 2 de diciembre, el emperador comunica sus órdenes á los generales la mañana de la batalla de Austerlitz.
63. BATALLA DE AUSTRERLITZ.
64. El 2 de diciembre, los generales y soldados rusos hechos prisioneros son presentados al emperador.
65. El 2 de diciembre parte del ejército ruso se ahoga entre las ondas.
66. El 4 de diciembre, conferencia de los dos emperadores en el vivac, cerca del molino de Saruschitz.
67. El 6 de diciembre suspension de armas.
68. Los cañones y armaduras del arsenal imperial de Viena son trasportados á Francia.
69. El ministro de relaciones exteriores pasa el Danubio por delante de Presburgo.
70. El 26 de diciembre, paz de Presburgo.
71. Venecia devuelta á la Italia.
72. Ratificacion del tratado de Presburgo. El elector de Baviera y el elector de Wurtemberg, son proclamados reyes.
73. La guardia imperial vuelve á Francia.
74. El 27 de enero de 1806, el emperador llega á París.
75. Triunfo de la campaña.
76. La fama publica la nueva de la paz de Presburgo.

Así pues, este es el diario histórico de la campaña de 1805, que fué preciso figurar y poner, por decirlo así, en accion alrededor del cuerpo de la columna. ¡Qué de dificultades presentaba esta gigantesca composicion! Por una parte había que observar el orden cronológico mas riguroso; por otra se imponía al artista la obligacion de espresar, con los mezquinos medios que ofrece la escultura y su severidad de estilo, unos acontecimientos en los cuales habían figurado innumerables ejércitos, vestidos con trajes antiestatuarios, llevando en pos de sí sus aparatos de guerra. Ni el gusto ni la imaginacion hubieran podido bastar para el desempeño de esta tarea; eran necesarios un tacto, un arte infinitos. Todo esto se encontró en un joven pintor, todavía desconocido un año antes, Bergeret, que acababa de esponer en el salon un cuadro que representaba los honores tributados á Rafael después de su muerte. Recibió solamente el encargo de traducir en dibujo los programas dictados por el ilustre Denon. Esta larga sucesion de dibujos, que tenía mas de mil piés de estension, sirvió de guia, si no de modelo, á los escultores; y debe decirse en obsequio de Bergeret, los relieves mas hermosos de la columna son aquellos en cuya ejecucion se han seguido mas estrictamente los bosquejos trazados por él.

Treinta y un escultores tuvieron que reproducir los diseños de Bergeret, que fueron Birtholini, Beauvallet, Boischot, Boquet, Bosio, Bouillet, Bridan, Callamart, Cardelli, la señorita Charpentier, Clodion, Corbet, Delaistre, Deseine, Dumont, Dupasquier, Fortin, Foucon, Franin, Gaule, Gerard, Goix (hijo), Lorta, Lucas, Montoni, Petitot, Picard, Renaud, Rutzhil, Stouff y Taunay.

Sobre el coronamiento de la columna se elevaba la estatua en bronce de Napoleon, representado á lo emperador romano coronado de laureles, apoyándose con una mano en su poderosa espada, y teniendo en la otra un mundo, bola ligera en el cual posaba una Victoria sus alas desplegadas. Esta estatua era obra de Chaudet, miembro del Instituto.

La inauguracion de la columna tuvo lugar el 15 de agosto de 1810, día de la fiesta del emperador, en presencia de la guardia nacional, del ejército y de un pueblo inmenso que acudió á tomar parte en esta solemnidad, anunciada por salvas de artillería repetidas en todos los puntos de la capital.

El gasto total del monumento había ascendido á 1.975,417 francos.

La estatua primitiva fué abatida en 1814. Un cable había sido atado á su cuello, y mas de quinientas personas hicieron esfuerzos inauditos para derribarla, sin pensar en que su caída los hubiera infaliblemente aplastado, castigando de este modo sus intenciones sacrílegas. A dicha de ellas no se movió la estatua; fué preciso para bajarla que una orden de la autoridad superior obligase, bajo las penas mas graves, al arquitecto que la había colocado á quitarla al instante. Sirvió de-pués para hacer una estatua de Enrique IV, restablecida sobre el Puente Nuevo.

El 8 de julio de 1834, á propuesta de Casimiro Perier, el rey Luis Felipe mandó que volviese á colocarse sobre la columna la figura de su fundador. La opinion pública quiso esta vez que se representase á Napoleon con su traje histórico.

Un carpintero del barrio de San Antonio se había hecho algun tiempo antes el intérprete de este voto popular, esculpando en un enorme pedazo de roble una estatua imperial de 15 piés de alto, bastante mal hecha por el artista improvisado, pero perfectamente semejante, con el frac de la guardia y el sombrero pequeño. Doce figuras se presentaron á la comision de exámen; la de Seurre obtuvo la preferencia, por llenar mas escrupulosamente las condiciones del programa. Crozatier fué encargado de la fundicion.—El gasto ascendió á 60,000 francos.

El 28 de julio de 1833, tercer aniversario de la gran victoria del pueblo, Luis Felipe se presentó en persona á inaugurar la nueva estatua. La guardia nacional de París, toda la guarnicion y muchos regimientos que vinieron de quince á veinte leguas en circunferencia, asistían á esta magnífica ceremonia.

La fecha de esta tierna reparacion á la memoria del gran hombre, está consagrada por una inscripcion grabada en el plinto de la estatua. Está concebida en estos términos;

EL 28 DE JULIO DE 1833,  
ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION DE JULIO  
Y TERCER AÑO DEL REINADO DE LUIS FELIPE 1.º  
REY DE LOS FRANCESES,  
POR ÓRDEN DE 8 DE JULIO DE 1831,  
DADA Á PROPUESTA DE MR. CASIMIRO PERIER,  
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS,  
LA ESTATUA DE NAPOLEON SE HA VUELTO Á COLOCAR  
EN LA COLUMNA DEL GRAN EJÉRCITO;  
SIENDO MR. THIERS MINISTRO DE COMERCIO Y OBRAS PÚBLICAS.

Por último, en 1835 se hizo un nuevo basamento de granito, aprobado por las dos cámaras, que señalaron al efecto un fondo de 76,000 francos.

## UNA ESCENA CONYUGAL.

## COMEDIA.

## PERSONAS.

EL MARQUES.  
LA MARQUESA.  
LUISA, camarera.

La escena es en París. (Un gabinete elegante.—Es de noche.)

## ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA (en una butaca junto á la chimenea haciendo labor de punto.) Seguramente que es cosa fastidiosa esta labor; pero todavía la encuentro menos mala que bordar un perrito, como hace la hija de mi portera. (Levanta los ojos hacia la chimenea.) ¡Calla, ya está ahí mi periódico! ¿Por dónde ha entrado?... De veras que no me acuerdo. Esta labor la tiene á una obsorta enteramente; ¡qué horror! (Abre el periódico.) Parece que continuamos en república. Lo siento por mi madre; pues por lo que á mí hace, lo mismo me da... ¡Calla! ¿Con que hay ahora dos emperadores de Alemania?... Ya se devorarán... «La espada de la Francia...» Mucho se habla de la espada de la Francia... ¡Vaya! trabajemos y no pensemos en nada, si es posible. Debiera inventarse para las mugeres una clase de ocupacion conveniente que les impidiese dejar correr su imaginacion... porque hay que convenir en que este es nuestro mayor mal... (Entra Luisa.) ¿Qué ocurre?

LUISA. Una carta para la señora marquesa.  
LA MARQUESA. Dádmela. (Sale Luisa. La Marquesa deja su labor.) ¿Qué significa esto? ¿Quién será la amable persona á quien debo un pretexto para holgazanear un rato? Recibir una carta estando sola, de noche, y al amor de la lumbre, es toda una aventura, un misterio encantador, que, como todos los misterios encantadores, termina en un desengaño... Veamos. (Abre la carta.) Pues no conozco la letra... (Leyendo.) «Señora: Un amigo sincero se toma la libertad de anunciaros que vuestro esposo, el señor marqués, tiene esta noche una cita con Mad. de Rioja, la cual le espera esta noche á las nueve en su casa, calle de Choiseul.» ¡No hay firma!... ¡Qué infamia! (Arroja la carta al fuego.) ¡Esa Rioja, que es una peruana, mejicana ó cosa tal, caída de las nubes y viuda de no sé quién! ¡Y se recibe á esas gentes! Estos extranjeros son como la guardia nacional, que en todas partes se cueñan. Hay además que es una muger perdida, de quien nadie hace caso. Creia que mi esposo tuviese mejor gusto: esa muger es fea, ó por lo menos soy yo mas hermosa que ella: solo el marqués no lo echa de ver con sus ojos de marido. (Vuelve á tomar su labor.) El marqués es, ni mas ni menos que los demás hombres: soy su muger, y es todo cuanto necesita: le amo, y creo que ese es un lujo sin el cual se pasaria de buen grado. El marqués oye decir que es feliz en tenerme por esposa, y el oír eso es lo que le hace feliz... (Después de una pausa.) Si tuviese hijos, mi vida sería menos triste y no me quejaría... ¡Vaya un honor que le resultará de recibir los favores de esa peruana, de una muger mulata!... Será un capricho, si se quiere... Pero, ¿quién me dice que no mienta ese miserable anónimo? Esa cita es á las nueve: son ya las ocho y media, y sé que mi marido está trabajando muy tranquilamente en su cuarto... (Llaman.) ¡Ay, Dios mio, él es! (Hace labor reprimiéndose.)

## ESCENA II.

LA MARQUESA.—EL MARQUÉS, en traje elegante.

MARQUES. Quieta, quieta, hija mia; soy yo. (Se acerca á la chimenea, se calienta los piés, y continúa con aire distraído de galanteria.) ¿Qué linda labor es esa que traéis entre manos?

MARQUESA. Antes de hablar mirad lo que llamais linda labor.

MARQUES. Pues porque la he mirado os pregunto qué labor es, querida.

MARQUESA. No hay tal cosa: estais muy ocupado en contemplaros en ese espejo, porque de otro modo habrais advertido que esta tosca corbata que estoy haciendo para mi cochero no merece que se le llame labor linda.

MARQUES (con jorlidad). ¿Y qué tenemos con eso? Será muy fea alrededor del cuello de vuestro cochero; pero es muy linda en vuestras manos.

MARQUESA. Galante estais, por vida mia.

MARQUES. Digo lo que siento. Pero ¿qué idea os ha dado de hacer ese obsequio á Juan?

MARQUESA. El pobre mozo padece un resfriado continuo, y como no tengo otra cosa que hacer, quiero regalarle esta labor, que tanto os ha llamado la atencion. ¿Será cosa de que lo lleveis á mal?

MARQUES. ¿El qué? ¿El que seais tan bondadosa como bella? No por cierto.

MARQUESA. Me alegro infinito.

MARQUES. Lo que siento es que os fatigueis los ojos con vuestras buenas obras, por lo cual os suplico que mireis mas por ellos, si no por vos, á lo menos por mí, que los contemplo tanto y con tanto placer.

MARQUESA. Vamos, que estais hoy del mejor humor del mundo.

MARQUES. Hoy, como siempre, estoy enamorado de vos, á pesar de que han dado en llamar á esto una ridiculez.

MARQUESA. ¿Es cosa de que os vayais á morir?

MARQUES. No os entiendo. ¿Por qué no he de estar enamorado de vos? ¿No sois acaso la criatura mas linda del mundo?

MARQUESA. No digo lo contrario; pero tengo el honor de ser esposa vuestra, y este es, al menos á vuestros ojos, un inconveniente muy capaz de anular todas mis bellas cualidades.

MARQUES. ¿Y dónde está la razon de esa sinrazon que me atribuis?

MARQUESA. Como es fácil acostumbrarse á todo, supongo que para que yo no me acostumbre, os mostrais por lo regular tan sobrio de las lindezas que habeis dado hoy en prodigarme. Pero si no es indiscrecion, ¿quereis decirme adónde vais tan elegante?

MARQUES. A mi tertulia; pero volviendo á vuestras provocaciones...

MARQUESA. ¿A vuestra tertulia? Pues no acostumbrais á ir con tan brillante traje.

MARQUES. Hoy es de rigor el ir así, porque esta noche presentan un personaje de distincion, un soberano de no sé qué país.

MARQUESA. ¿Peruano quizá?

MARQUES. ¿Por qué lo decís?

MARQUESA. Porque cuando se viene de tan lejos, es muy fácil hacerse pasar por lo que uno quiera. ¿Como nadie ha de ir á averiguarlo! ¿Es casado ese cacique?

MARQUES. En verdad que no lo sé. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

MARQUESA. Porque os advierte que no recibiré á su muger. Estoy muy cansada de los extranjeros en general, y en particular de las extranjeras. ¿No creéis, como yo, que no es gran cosa el bien que nos viene de esas regiones? ¿A qué hora tenéis que ir á la tertulia?

MARQUES. A cosa de las nueve. ¿Es eso despedirme?

MARQUESA. Como querais.

MARQUES. Convenid al menos en que si es así, pagais muy mal mi galanteria.

MARQUESA. No la prodigueis demasiado, pues llegarais á alarmarme, y acabaria por pensar que, cuando tantos polvos de oro me arrojaís á los ojos, es que os conviene cegármelos.

MARQUES. ¡Dios mio! ¿Tendria la dicha de que estuvieseis algo celosa?

MARQUESA. Si lo estuviese, no os lo diria, sino que os lo probaria.

MARQUES. ¿Y cómo, señora?

MARQUESA. Dándoos muy buenas razones para que estuviérais celoso de mí.

MARQUES. ¿Muy buenas razones, señora?

MARQUESA. Escelentes, caballero: razones que serian las mejores del mundo.

MARQUES. Permitidme advertiros que eso seria una injusticia.

MARQUESA. ¿Una injusticia? Os aseguro que no os entiendo.

MARQUES. No puede ocultarse á una penetracion como la vuestra que la infidelidad de una muger es incomparablemente de mayor gravedad que la infidelidad de su marido, por ejemplo.

MARQUESA. ¿De veras? ¿Con que, segun eso, la palabra deber es una palabra de doble sentido, una especie de dios misterioso de dos caras, que nos mira á nosotras con ojos implacables, al paso que á vosotros os sonríe afablemente? ¿Es acaso la palabra deber un término ambiguo que en vuestra fracsion conyugal os reserva la infidelidad como un derecho, y á nosotras nos deja solo los beneficios infamantes de un contrabando criminal?

MARQUES. Permitidme...

MARQUESA. No permito. Tenemos pues que en materia de honor no os atreverais á violar las condiciones que tuvieseis pactadas con vuestro ayuda de cámara; pero la fé jurada á vuestra muger, el cambio de juramentos hecho entre ella y vos al pié de los altares, eso ya es otra cosa; para eso no hay reparo. Nos tenéis equiparadas (y esto en tiempo de república) á los negros que os debian todo, y á quienes no se les debia nada.

MARQUES. Perdonad, pues no he dicho tal cosa, ni la he pensado siquiera. Un hombre que se permite una infidelidad contra su muger, me parece que comete una accion bastante mala, una falta muy reprehensible.

MARQUESA. ¡Sí, ya entiendo; una calaverada.

MARQUES. Un crimen, si quereis: pero con circunstancias atenuantes, que no pueden en manera alguna ser aplicables á la falta de una muger.

MARQUESA. ¡Oh! ¡Eso por supuesto!

MARQUES. Es indudable, si quisiese hablar como la ley...

MARQUESA. ¡La ley, la ley! ¡Linda invocacion por cierto!

MARQUES. Diria que la infidelidad de una muger puede traer para la familia, para la sociedad, consecuencias desastrosas que no son de temer en la del marido... No quiero ver la cuestion bajo un punto de vista tan positivo, y la examinaré bajo otro aspecto mas digno de ambos... Pero aun así y todo, el asunto es difícil de esplanar, y me alegrara que me evitaseis el trabajo de hacerlo, adivinándome.

MARQUESA. No veo la cosa muy clara, si os he de decir la verdad.

MARQUES. Podrá ser: ¿creéis, señora, que una muger, de algun valer por supuesto, pues son de las que hablo únicamente; creéis, digo, que una muger pueda tener un amor fuera de su casa, sin entregarse á él toda entera y sin ser criminal por todos conceptos hacia su marido? Un hombre podrá gastar en una intriga pasajera un poco de ingenio, si es que lo tiene, y nada mas...

MARQUESA. ¿Y si no lo tiene?

MARQUES. Pero una muger no se entrega por tan poca cosa, lo digo en honor vuestro, en honor de vuestro sexo... no podrais tener un amor sin poner en él toda vuestra alma, todo vuestro ser, sin entregar al enemigo vida y bienes: al paso que nosotros no hacemos mas que robar algunos momentos de ocio á la existencia conyugal, vosotras la abandonais enteramente, y creais una vida nueva y completa al lado de la que habiais prometido vivir para nosotros. Nuestros errores son faltas de miramiento que pueden introducir por un momento la perturbacion en el matrimonio: los vuestros son una ruina absoluta é irremediable... Por eso no me parece aplicable en este punto la pena del talion. Por lo demás, es muy posible que yo me esplique mal ó que vos no tengais toda la imparcialidad necesaria para fallar en esta causa, que á Dios gracias, ni á vos ni á mí nos concierne.

MARQUESA. ¿Habeis concluido?... Pues es lo mismo que yo decia: cuando vosotros nos engañais, sois unos calaveras que mereceis unos azotes; pero cuando nosotras os engañamos...

¡Oh! entonces merecemos el tormento ordinario y extraordinario. Por cierto que la conclusion no puede ser mas equitativa ni mas galante... Buenas noches. Marchaos á vuestra tertulia, que ya son las nueve.

MARQUES. Advertid, querida, que eso es ponerme en la puerta.

MARQUESA. Supongo que en ello no os causo mala obra, ni á mí tampoco; con que, buenas noches.

MARQUES (besando la mano á su esposa). Meditad un poco mis teorías, y vereis que no dejan de tener su parte de verdad.

MARQUESA. Lo que os aseguro es que hariais muy mal en reducir las á la práctica.

MARQUES. ¡Oh! esto no es mas que un simple ejercicio de oratoria. Mañana, si quereis, defenderé lo contrario. Buenas noches. (Vase.)

## ESCENA III.

LA MARQUESA, sola.

(Deja la labor, se sienta, y se pasea hablando.)

Esto es lo que se llama descaro, ó yo no lo entiendo. ¡Todavía estaba viendo el momento en que iba á tratar de vencerme de que debía estarle reconocida! ¡Preciso es que sea tentacion bien fuerte la de hablar de lo que preocupa nuestra imaginacion, para que un hombre que va á ver á su querida no pueda privarse de hablar de ello á su muger!... ¡Ese hombre es un malvado... vicioso por principios y por cálculo... y lo peor es que seguramente se va con la conciencia mas tranquila despues de esa media confesion y de esa cavilosa apologia! Es bien cierto que no pensaba en mí, ni en mi susceptibilidad, ni en mis celos, al sostener su ridicula tesis; lo que únicamente buscaba en ello era una satisfaccion para sí propio, y una especie de estímulo... (Después de una pausa.) Esa criatura, con sus dos enormes ojos que la comen la cara, es necia como un tulipan... ¡Vaya! Buen provecho les haga: eso es cosa que solo merece desprecio. (Vuelve á sentarse, acerca sus piés á la chimenea, y se cruza de brazos.) ¡Bueno seria que una muger honrada se pusiese á llorar por esa Mad. de Rioja!... ¡Y sin embargo, es cosa bien triste!... Daria en este momento un brazo por tener un hijo á quien abrazar. (Se enjuga los ojos. Sale Luisa.)

## ESCENA IV.

LA MARQUESA.—LUISA.

MARQUESA. ¿Qué se ofrece?  
LUISA. Un caballero acaba de entregar esta carta para la señora marquesa.

MARQUESA. ¡Un caballero! ¿Queréis decir un criado!

LUISA. No señora, es un caballero.

MARQUESA. ¿Un caballero anciano?

LUISA. No señora.

MARQUESA. ¿Pero qué es lo que quiere?

LUISA. Traia esta carta para vos, señora.

MARQUESA. Dadme acá. (Toma la carta. Vase Luisa.)

## ESCENA V.

LA MARQUESA, sola.

(Abre la carta, y da un grito de alegría.)

¡Ay, de Armando!... ¡No ha muerto; cuánto me alegro! (Lee con precipitacion.) Ha llegado esta mañana... y me hará mañana su visita... ¡Mañana! ¡Vaya una tontuna! ¿Y por qué no esta noche? ¡Pobre muchacho! Son delicadezas muy propias de su carácter... Parece que está desconocido... No es extraño; hace cuatro años que anda viajando á través de toda especie de paisajes montuosos, cuatro años, desde que me casé... ¿Qué corazon el suyo y qué amor!... Sin duda estará ya curado de él cuando ha vuelto. (Toma su labor.) ¡Oh! seguramente podemos ya volvernos á ver sin peligro: yo soy casi una vieja, y él un viejo enteramente, á lo que dice... Por mi parte creo que lo que habrá hecho será ponerse algo mas moreno. De seguro que tendrá mil aventuras terribles que contarme... viene perfectamente para hacerme soportables las horas largas de invierno... (Se pone á escuchar.) ¡Cómo! ¡No puede ser! ¡El carruaje ya! Pues no hay mas que es el marqués (Riéndose.) ¡Vaya una catástrofe! Sin duda no la habrá encontrado en casa... La desventurada habrá dado algun golpe en vago... Ya está aquí. (La marquesa trabaja con afán.)

## ESCENA VI.

LA MARQUESA.—EL MARQUÉS.

MARQUES (de mal humor). A ver si haceis, querida, que en lo sucesivo pongan mas luz en vuestra antecámara: hay que estar tentando una hora para atinar con la puerta. Si creéis que basta la lamparilla de la escalera, estais muy equivocada.

MARQUESA. Pues qué, ¿hace una hora que estais ahí?

MARQUES. ¡Yo lo creo! (Se sienta con enojo. Después de un momento de silencio, continúa.) ¿Qué adeseio es ese que estais haciendo?

MARQUESA. La linda labor que tanto os llamó la atencion hace poco.

MARQUES. Pues entonces la miré mal: parecen unas calceas vistas con microscopio: ¿por qué no haceis puntos mas menudos? Eso es mas bien una red de pescar.

MARQUESA (sin levantar los ojos). Como no trabajo para vos, me pasaré sin vuestra aprobacion. Y luego, no son medias lo que estoy haciendo, sino una corbata, como ya creo haberlos dicho.

MARQUES. ¡Ah! si es una corbata, ya es otra cosa.

MARQUESA. Convento en que no es una misma cosa una corbata que un par de medias... Os advierto, marqués, que lo que estais haciendo rodar con el pié es mi ovillo.

MARQUES. Perdonad.

MARQUESA. Si no es demasiada molestia, ¿quereis tener la bondad de dárme lo?

MARQUES. No le volveré á tocar.  
 MARQUESA. ¿Os negais quizá á cogérmelo?  
 MARQUES. No por cierto, pero creia que teniais costumbre de dejarlo en la alfombra.  
 MARQUESA. Pues es un error muy grande... y vaya, ¿qué clase de hombre es ese señor extranjero, por otro nombre el cacique?  
 MARQUES. No sé: no ha venido.  
 MARQUESA. ¿Con que ha sido inútil todo vuestro esmero en poneros elegante? Como os conozco bien, presumo que estareis mas que medianamente irritado.  
 MARQUES. ¿Es eso quizá decirme que me encontráis fastidioso?  
 MARQUESA. Antes bien os encuentro encantador. Ya veis, cuando podiais estar jugando toda la noche en vuestra tertulia, preferis venir á pasarla al lado de vuestra esposa... El que me hace un beneficio nunca lo pierde, marqués, y en cambio de vuestro sacrificio voy á daros una buena noticia.  
 MARQUES. ¿Cuál?  
 MARQUESA. Puede que me equivoque: decid, ¿no conocisteis mucho en otro tiempo á Mr. Armando de Villiers?  
 MARQUES. Sí, pero hace ya muchos años que no le veo. He oído decir que debe estar por la China.  
 MARQUESA. Pues no está en la China, marqués.  
 MARQUES. Bueno.  
 MARQUESA. Y no solo no está en la China, sino que mañana le vereis... Me ha preguntado si podría recibirle... ¿Estais contento?  
 MARQUES. Sí por cierto... ¿No os hizo la corte antes de vuestro matrimonio?  
 MARQUESA. ¿Eh?  
 MARQUES. Sí. ¿No es cierto?  
 MARQUESA. Algo hubo de eso.  
 MARQUES. Y hasta creo que se trató de vuestro matrimonio con él, si no me engaño.  
 MARQUESA. No es extraño que hubiese corrido esa voz; pero os presentasteis vos, marqués (*inclínandose*)... y con eso esta dicho todo.  
 MARQUES. ¿Con que no le amabais?  
 MARQUESA. No sé: era todavía muy niña, y no podia darme cuenta de los sentimientos que experimentaba.  
 MARQUES. ¿Debo pensar que estuvieseis en esa misma ignorancia con respecto á mí, señora?  
 MARQUESA. Me estais preguntando cosas del otro mundo. ¿Cómo quereis que me acuerde de lo que pensaba hace cuatro años?  
 MARQUES. De todos modos, ello es que de seguro no amabais á Armando.  
 MARQUESA. No tan de seguro: lo que tiene es que no le amaba mas que á otro cualquiera.  
 MARQUES. ¿Segun eso le amabais un poco?  
 MARQUESA. Poco, mucho, apasionadamente, ó nada... Como querais. ¿A qué vienen ahora esos celos retrospectivos, querido marqués?  
 MARQUES. ¿Celoso yo! ¿En qué estais pensando?  
 MARQUESA. No os pido que lo esteis, sin embargo de que el aparentarlo creo que seria por lo menos una muestra de cortesía; pero si para no estarlo os fundais en el efecto que pensais haberme causado con vuestra homilía sobre los casos de conciencia, puedo aseguraros que no he sacado de ella el menor fruto. Tengo sobre el particular ideas que serán propias de mi sexo, como las vuestras son del vuestro: conservadlas, pero soy demasiado leal para no advertiros que tambien yo conservaré las mias.  
 MARQUES. ¿Es eso una amenaza?  
 MARQUESA. No lo creo, así como supongo que vuestra magnífica defensa no sería una excusa.  
 MARQUES. Vamos, ya habeis visto que eso fué una chanza.  
 MARQUESA. Pues tambien soy yo aficionada á chanzas... Ha cambiado el viento, querido, como decia mi madre.  
 MARQUES. Si os empeñais, marquesa, estoy pronto á confesar que en materia de infidelidad las faltas de un marido son iguales á las de una muger. Vamos, ¿podeis exigir que sea mas razonable?  
 MARQUESA. Es que yo sostengo que la falta de un marido es doble mas grave que la de una muger.  
 MARQUES. A eso os diré lo que Mr. Trisontin: la paradoja es de mucho bulto.  
 MARQUESA. En primer lugar, confesad que las mas de las veces colocais á la esposa en la alternativa de engañaros ó de morir de fastidio. La virtud, por sólida que se la suponga, necesita un poco de estímulo y otro poco de apoyo, y le negais una cosa y otra.



Modas.

MARQUES. ¡Yo, querida!  
 MARQUESA. ¿Quién habla de vos, á menos que sea vuestra conciencia? Hablo de todos los maridos del mundo. Los hombres tienen mil modos de pasar el tiempo, de ocupar su imaginación, de poner en juego su actividad, y tienen en su mano la elección de distracciones. Si con todo eso van á buscar aun las emociones de la infidelidad, convenid en que es solo por obrar mal.  
 MARQUES. ¡Oh, en cuanto á mí!  
 MARQUESA. En cuanto á vos, sois un santo; eso por supuesto. Luego los hombres cuando os casais, lo haceis con la mayor sangre fria; las seducciones de los sentidos y los arrebatos del corazón os encuentran ya muy instruidos, por no decir gastados, y muy insensibles, por no decir hastiados.  
 MARQUES. En verdad, señora...  
 MARQUESA. Hacedme el favor de no interrumpirme... Tenemos, pues, que solo por pura corrupcion y por calculada desvergüenza faltais á vuestros deberes. Con nosotras, marqués, es muy diferente: nosotras principiamos la vida, y vosotros la concluis; nosotras contra todos los peligros, todas las tentaciones, todas las sorpresas, no tenemos otro escudo que nuestro propio instinto, al paso que vosotros estais armados de piés á cabeza con una beneficiosa esperiencia. Y no

MARQUESA. ¡Pues he adelantado bastante, si es eso todo cuanto he logrado demostraros!  
 MARQUES. Pero, decidme: ¿de dónde habeis sacado todos esos lindos argumentos que acabais de presentarme?  
 MARQUESA. Galante estais, por vida mia. Veo que me tenéis por una necia.  
 MARQUES. No por cierto; pero...  
 MARQUESA. Pero por una cosa parecida. He notado que en general tenéis los hombres una opinion tan mezquina de las mugeres, que os quedais con la boca abierta cuando las oís decir alguna espresion que tenga sentido comun. (*Recogiendo su labor.*) En fin, marqués; habeis querido hacer un momento embocarme no sé qué moneda falsa, y os la he devuelto. (*Levantándose.*) Buenas noches.  
 MARQUES. ¡Cómo! ¿Tan pronto os recogéis?  
 MARQUESA. Por lo regular todas las noches á las once. Cerebro haber tenido esta ocasion de hacéroslo saber.  
 MARQUES. Nada nuevo me decís; pero no creia que fuese tan tarde.  
 MARQUESA. Vamos, me alegro de que no se os haya hecho pesado el tiempo. Dadme las buenas noches, y retiraos.  
 MARQUES. ¿Os incomoda acaso mi presencia?  
 MARQUESA. No por cierto... Y para daros una prueba de ello... (*Se quita algunos alfileres, que coloca sobre la chimenea, y en seguida se desata los cabellos, que caen en desorden por sus espaldas.*)

MARQUES. ¿No necesitais de Luisa para todo eso?  
 MARQUESA (*delante del espejo y volviendo la espalda al marqués*). No, solo me sirvo de mis criados cuando no puedo pasar por otro punto. Todas las noches me compongo yo sola, como veis, en mi gabinete, y en seguida paso al dormitorio.  
 MARQUES. ¡Ah! ¿Con que os desnudais por vos misma?  
 MARQUESA. ¿Cómo?  
 MARQUES. Digo que si os desnudais por vos misma.  
 MARQUESA. Por mí misma... sí...  
 MARQUES. Teneis un pelo hermosísimo.  
 MARQUESA. Muy bondadoso estais.  
 MARQUES. ¿Sabeis que sois demasiado bella para ser mi esposa?  
 MARQUESA. Es muy posible. Supongamos que no lo sea.  
 MARQUES. Quiero decir que no puede uno amar como á su muger á cualquiera que se le asemeje; la ama uno mucho mas.  
 MARQUESA. Difícil parece, no obstante, resolverse á ello.  
 MARQUES. Si hay amor que tenga algun valor, ¿no creéis que sea el que nace con conocimiento de causa?  
 MARQUESA. ¿Quereis volver otra vez á vuestra metafísica. Vamos, buenas noches, buenas noches.  
 MARQUES. Sois sobremediana hermosa... y yo, á fé mia, soy indigno de mi felicidad. (*Se levanta y coge una bujía*). ¿Permitis á vuestro marido que os alumbre hasta vuestro dormitorio, señora?  
 MARQUESA. ¡Vaya! ¿Pero es cosa de que esteis en estado de gracia?  
 MARQUES. ¿Qué quereis decir?  
 MARQUESA. ¿Está suficientemente tranquila vuestra conciencia? ¿No teneis que echaros en cara alguna cosa?

es eso todo: vuestras traiciones tienen un carácter de iniciativa y de espontaneidad de que carecen las nuestras: vosotros atacais, y nosotras no hacemos mas que defendernos: convengo en que cuando nos dejamos vencer incurrimos en falta; pero ¿qué debe decirse de vosotros, que necesariamente premeditais vuestras malas acciones y os ponéis en campaña con intencion deliberada? Así es que sois culpables, aun en el caso de que deis el golpe en vago... ¿ois? aun en el caso de dar el golpe en vago... La intencion que os hizo obrar constituye el crimen. En una palabra, nosotras tenemos sobre vosotros la superioridad moral de la presa sobre el cazador. No añadiré mas que una palabra, y es que las mas de las veces entra la infidelidad en vuestra casa por la puerta que dejais abierta al correr á la casa de vuestras queridas.  
 MARQUES. Muy sutil puede ser todo eso; pero la opinion de todos los tiempos, escrita en todas las leyes del mundo...  
 MARQUESA. ¡Dejadme en paz con vuestras leyes! ¿Ignoramos acaso que sois vosotros quienes las haceis? Si la infidelidad de una muger introduce la perturbacion en su familia, ¿acaso las infidelidades vuestras no introducen el desorden en las familias de los demás? Me parece que la sociedad nada gana en eso.  
 MARQUES. Lo que me parece mas evidente es que estais muy bella cuando os acalorais un poquito en hablar.

MARQUES. A la verdad, querida, ignoro...  
 MARQUESA. ¿No veis que lo sé todo?  
 MARQUES. Si todo lo sabeis, no me queda mas que pedir os humildemente la absolucion.  
 MARQUESA. ¡Tan tenaz es, que no confesará con la esperanza de ver si puede salvar algo! Confesad... vamos... confesad.  
 MARQUES. ¿Qué, mi torpeza y necedad han pasado de raya?  
 MARQUESA. Que han rayado hasta en crimen, caballero; hasta en crimen.  
 MARQUES. Pues hasta en crimen.  
 MARQUESA. No basta eso, y que Mad... ¿eh?  
 MARQUES (*con calor*). ¡Y que Mad. de Rioja es una coqueta desvergonzada!  
 MARQUESA. No tanto enojo, no tanto enojo... ó me hareis creer que todavía la amais.  
 MARQUES. ¡Por piedad, no me rechaceis!  
 MARQUESA (*le mira un momento sin hablar: luego se encoge levemente de hombros, lanza un profundo suspiro, y coge el brazo de su marido*). ¡Vamos!... Venid en buen hora, y no volvais á serme infiel.

FIN.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.